JOSÉ ECHEGARAY

Manantial que no se agota

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

con un entreacto en prosa, original

CUARTA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1918



MANANTIAL QUE NO SE AGOTA

MANANTIAL QUE NO SE AGOTA

DRAMA

en tres actos y en verso

con un entreacto en prosa

ORIGINAL DE

JOSÉ ECHEGARAY

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 9 de marzo de 1889

CUARTA EDICIÓN

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup
TELÉFONO, NÚMERO 551
1918

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DON ANSELMO, padre de...	SR.	VICO.
RAMIRO...................		CALVO (D. Ricardo)
DON GASPAR, padre de....		DONATO JIMÉNEZ.
SOFÍA y...................	SRTA.	CALDERÓN.
JUAN......................	SR.	PERRÍN (D. Antonio)
JULIA, hermana de don Gaspar..	SRA.	GUILLÉN DE RIVELLES.
DON LEANDRO..........	SR.	SÁNCHEZ.
TRES CRIADOS (que hablan).		MORENO.
		PERRÍN (D. F.)
		RUIZ.

La escena contemporánea.—De los dos primeros actos al tercero, han pasado ocho años.

ACTO PRIMERO

La escena representa un salón elegante, pero severo. Puerta en el fondo que da a las antesalas. Primer término: a la izquierda chimenea encendida; a la derecha la puerta que conduce al despacho de don Anselmo. Segundo término: a la derecha otra puerta que da a la biblioteca; a la izquierda un balcón. Una pequeña mesa: junto a ella varias butacas. Al otro lado sofá y butacas: todo esto en primer término. Es la caída de la tarde, casi de noche: candelabros encendidos.

ESCENA PRIMERA

JULIA y DON LEANDRO. Julia en el sofá dando señales de impaciencia. Don Leandro leyendo junto a la mesa un periódico. Dan las seis

JULIA ¡Las seis! ¡Qué tarde tan plácida,
tan agradable y amena!
¡y don Anselmo qué atento
con los amigos, que dejan,
por hacerle compañía,
los paseos y las fiestas!
(Don Leandro, para atender a Julia, deja de leer, pero con mucha calma.)
El es un sabio de peso,
un filósofo de Grecia,
un hombre honrado que va
siempre por la línea recta;
un dechado de virtudes,
de méritos y excelencias;
pero en cuanto a cortesía
anda atrasado de veras.

LEAN. Los dos somos de confianza.
JULIA ¡Y nos trata con franqueza!
Pues por mi parte declaro,
que prefiero la etiqueta.
LEAN. De mal humor está usted.
JULIA ¡Es que me hastío!
LEAN. Se aprecia
la declaración, querida,
en cuanto a mí se refiera.
JULIA Perdone usté, amigo mío;
¿pero acaso usted no observa,
que hace dos horas estamos
en esculturas de piedra
convertidos?
LEAN. Yo, en silencio,
admirando su belleza.
JULIA Pues mire usted, yo pensé,
y por ello no se ofenda,
que había usted decidido
dividir la tarde entera
en dos partes, concediendo,
con escrupulosa cuenta,
al sueño la una mitad,
la otra a *La Correspondencia.*
LEAN. ¡Qué injusta y qué cavilosa!
(Sin perder la calma.)
¡Y qué cosas dice y piensa!
JULIA Lo seré. Pero volviendo
a don Anselmo, quisiera
saber qué asuntos le ocupan
allá dentro, qué problemas
resuelve, qué hondos misterios
en su despacho penetra.
¿Puede averiguarse?
LEAN. Claro,
y no es difícil la empresa.
Para ver, basta mirar,
si hay luz y la vista es buena.
(Julia se levanta y se aproxima a la puerta del despacho.)
JULIA Pues luz hay, y son mis ojos...
(Mirando con curiosidad.)
LEAN. ¿Qué digo? ¿soles o estrellas?
(Consultando con Julia, con cierta sorna.)
JULIA Mientras observo, usted puede
decir lo que le parezca.
Está leyendo.

LEAN. Muy bien. (Siempre sentado.)
JULIA Y meditando.
LEAN. Perfecta
ocupación.
JULIA Y al librote
otra vez. (Pausa.)
Y lúego vuelta
a meditar. (Pausa.)
Y sin fin
alternando en la faena.
(Vuelve al centro y se acerca a don Leandro.)
Pero señor, ¿para qué
estudia tanto? ¡Qué tema!
¡qué terquedad! ¡qué manía!
¡qué capricho o qué demencia!
Es joven: cuarenta y ocho,
¡pues en ser viejo se empeña!
¡y muy pronto lo será
con tanto atracón de ciencia!
Era erguido y ya se encorva,
perdiendo la línea recta,
que es tan propia de los hombres
de noble figura esbelta.
Sus ojos eran brillantes,
pero el estudio los seca
de tal modo, que ya son
cristales sin transparencia.
La palidez le destiñe,
se apoca su fortaleza,
se apergamina, se encoge,
envejece y se cuartea.
En resumen, hombre fué
con todas aquellas prendas
de gallardía, salud,
talento, ingenio y riqueza,
propias para acompañar
a una mujer a la iglesia,
y antes de cuatro o seis años,
si el cielo no lo remedia,
será momia que enterremos
en alguna biblioteca.
LEAN. Observo que observa usted,
puntualmente y a conciencia,
las cualidades que adornan
a nuestro amigo, y la idea
me asalta...
JULIA ¿De que me gusta?

LEAN. De que la viudez le pesa,
querida Julia, y que acaso
en torno a la fortaleza
de nuestro Anselmo, prepara
sus dos o tres paralelas.

JULIA Como don Anselmo ha sido,
pudo gustar a cualquiera,
y aun hoy mismo, así, en conjunto,
la proporción no es maleja.
Pero ya es inexpugnable,
conque es inútil la empresa.
Y como será mañana,
a mi ver, ruina completa;
y como en torno a las ruinas
no se trazan paralelas,
resulta que son baldías,
don Leandro, sus sospechas.

ESCENA II

JULIA, DON LEANDRO y CRIADO, por el fondo con una bandeja y en ella una tarjeta

CRIADO ¿Don Anselmo? (Deteniéndose.)

LEAN. En su despacho.

CRIADO Han dejado esta tarjeta.

LEAN. Puede usted pasarla.

CRIADO Yo...
no me atrevo. Le molesta,
cuando está con sus estudios,
que le interrumpan.

LEAN. La deja
ahí encima, y cuando salga
ya la verá.

CRIADO Con licencia
(Deja la bandeja y la tarjeta sobre la mesa de primer término.)
de ustedes. La trajo un joven...
y los trazas no eran buenas.
Pobretón: algo insolente:
quiso verle. Por las señas
viene a pedir.

LEAN. Bien está.

CRIADO Sí, señor. Será un cualquiera.
(Retirándose.)

ESCENA III

JULIA y DON LEANDRO

JULIA No es muy flamante en verdad.
(Cogiendo la tarjeta.)
«*Ramiro de Pablo y Peña.*» (Leyendo.)
No le conozco: trasciende
(Dejando la tarjeta.)
á pedigüeño a la legua.
Como Anselmo es protector
de la falange bohemia,
a él acuden noche y día,
el noble acero en la diestra.

LEAN. Es hombre de corazón,
y sabe por experiencia,
que si en el fondo del mar
todo se revuelve y mezcla,
el cieno con el coral,
con el pólipo la perla,
en los mares de la vida,
y en sus fondos de miseria,
también suelen revolverse
por mil corrientes diversas,
el vicioso y el honrado,
el truhán y el calavera,
inteligencias mezquinas
y nobles inteligencias.
Y Anselmo tiende su mano,
y al que a su mano se aferra,
le saca del lodazal
y le proteje y le eleva.

JULIA Sus sentimientos son buenos:
eso ninguno lo niega.
Hubiera hecho un gran casado;
pero el amor no hizo mella
en el buen señor, y ya
hay que cantarle el *requiescat*.

LEAN. Usted sabe bien que Anselmo
(Con cierta misterio y en voz baja.)
amó una vez y de veras;
que otro hombre le arrebató
la gloria de su existencia;
y que se metió en la vida
como en desierto de arena,

solo, sin más compañía
que su amor y sus tristezas.

JULIA ¿De esas historias, a mí,
qué me dirá que no sepa?
(En tono confidencial.)
Mi señor hermano y él
fueron rivales; y Petra
(Don Leandro asiente con la cabeza.)
prefirió a mi don Gaspar, (Lo mismo,)
que fué extraña preferencia; (Lo mismo.)
porque yo le juro a usted
que por cuanta plata encierran
las minas del Potosí
en sus filones y vetas,
¡no me caso con mi hermano!

LEAN. ¡Con su hermano! ¡qué ocurrencia!

JULIA Bueno: ya usted me comprende;
caso de que no lo fuera.
Para ser un puerco espín,
como en cátedra se enseña,
solo le faltan las púas:
y le sobran en la lengua,
las que desechó la piel
por timidez o prodencia.

LEAN. Pues no hable mal de su hermano,
(Mirando al fondo.)
porque pienso que se acerca.

ESCENA IV

JULIA, DON LEANDRO y DON GASPAR

GAS. Muy buenas noches.
(Entra de muy mal humor y se pasea irritado.)

LEAN. Muy buenas.

GAS. ¡Muy malas! ¡Vaya una noche!
(Replicando con enojo.)

JULIA ¿No viniste en coche?

GAS. ¡En coche!
Si ya sabes que yo apenas
(Cada vez con peor humor.)
lo disfruto. Lo usas tú;
o se lo lleva Sofía;
o mi respetable tía;
o el hijo de Belcebú.

LEAN. Ese hijo será tu Juan,
con que el padre...
GAS. Seré yo.
El hombre que más sufrió
desde los tiempos de Adán.
JULIA Siempre fuiste desdichado.
(Con tono de burla.)
LEAN. Rico: con buena salud:
(Lo mismo.)
una mujer de virtud
y de hermosura dechado.
Un amigo y otro amigo:
Juan y Sofía y tu hermana:
y por humildad cristiana,
de mí propio, nada digo.
GAS. Si soy rico, más de un paje
habrá que de mí se ocupe,
que de mis haciendas chupe
y después me despelleje:
y así mi vida es fatal,
porque mi vida se pasa,
poniendo a salvo mi casa
del saqueo universal.
Si soy robusto, ya entiendo
que tener coche es derroche,
y va el prójimo en mi coche,
y yo pédibus corriendo.
Consecuencia: que yo el trote
de mis yeguas despilfarro
para todos, y de barro
me salpico hasta el cogote.
Si tuve mujer hermosa,
tampoco la disfruté,
que cuando en ella pensé,
vi su nombre en una losa;
bajo tierra sus encantos,
dos estatuas alusivas
y un mantón de siemprevivas
el día de Todos Santos.
Y del resto de la gente,
de la hermana o del amigo,
te diré que nada digo,
porque yo soy muy prudente.
Conque ya puedes sumar
mis dichas de hombre y esposo,
y tendrás lo venturoso
que ha sido el pobre Gaspar.

LEAN. ¡Hay sufrimientos horribles!
(En tono de burla.)
JULIA ¡Que no son para contados!
(Lo mismo.)
LEAN. ¡Hay seres muy desdichados!
JULIA ¡Y hay seres muy insufribles!
GAS. ¡Descomunales, soberbios!
(Con tono de desafío.)
¿Y qué?
JULIA Que sopla y diluvia,
y el temporal y la lluvia
te han desatado los nervios.
LEAN. Que en el frío está el busilis.
JULIA Y en el hogar el consuelo.
(Señalando la chimenea.)
LEAN. Que en él se derrite el hielo.
JULIA Y en él se calma la bilis.
(Don Gaspar se aproxima a la chimenea. Pausa.)
GAS. Pues mira, tienes razón.
(A Julia, ya con otro tono.)
Ya me siento más en caja.
¡Pero qué noche! ¡Se raja
el cielo con el turbión!
JULIA Por el menor contratiempo
(Acercándose a don Gaspar y en tono cariñoso.)
te exaltas.
GAS. Bien podrá ser;
pero este tiempo, mujer,
no es el tiempo de mi tiempo.
Hoy llueve de otra manera:
las nubes son de otro modo:
hoy anda revuelto todo,
diga el mundo lo que quiera.
LEAN. Dices bien, es muy sensible
ver al Cosmos tan mudable.
JULIA Tan sólo es inalterable...
un carácter insufrible.
(Pausa. Don Gaspar se calienta en la chimenea.)
GAS. ¿Y qué hace Anselmo?
JULIA Leyendo.
GAS. ¿Algún librote profundo?
¡Para Anselmo se hizo el mundo!
Sin embargo, no lo entiendo.
No sé cómo hay un bendito
que en un libro se consuma,
cuando todo libro, en suma,
suele estar muy mal escrito.

Empiezo a leer y me exalta
el no entender ni un renglón;
y no es por la comprensión,
que, a Dios gracias, no me falta.

JULIA Pues en clase no has tenido
fama de muy avisado.

GAS. Porque fuí desaplicado;
lo que es torpe no lo he sido.

JULIA ¡Nunca! Y tampoco modesto.

GAS. Yo no estudiaba... y sabía.
En cambio, *aquel* se comía
(Señalando al despacho de don Anselmo.)
siempre los libros de texto.
(En tono de mofa.)
Siempre fuí muy vanidoso,
y en esto yo no le agravio:
puso empeño en ser un sabio,
y fué un sabio empalagoso.
Yo nunca le disputé
el puesto de preferencia.
(Con desprecio.)

JULIA Eras hombre de conciencia.

GAS. ¡Darle un disgusto!... ¿Por qué?
Fué mi amigo, fué constante;
yo le tenía afición,
y, por buena educación,
le dejé pasar delante.
(Siempre con desdén y suficiencia, en que se trasluce la envidia.)
Pero llegó cierto día,
(Con acento rencoroso.)
y con ansias verdaderas
quise disputar de veras
algo que mucho valía.
Y entonces quedó por necio
y yo quedé vencedor:
de Petra buscó el amor
y sólo encontró desprecio.

JULIA Tu arrogancia no convence:
te ayudaron tu riqueza,
sus padres y su flaqueza.

GAS. Se vence como se vence.
El con su ciencia bendita,
con su gloria de estudiante,
con su carrera brillante,
y yo con mi mujercita.
(Riendo.)

Pues no me lo perdonó.
(Ya de buen humor.)
El fué cual perro con maza,
y en sus haciendas de Baza
seis largos años se hundió.
Ni un mensaje, ni una letra,
ni decirme, ¿qué tal vas?
Nada, que no le vi más
hasta el funeral de Petra.
(Acercándose a don Leandro y Julia y hablando en voz más baja que antes; de cuando en cuando mira al despacho.)
Entró pálido y sombrío,
y yo pienso que humillado:
siempre estuvo arrodillado:
le toqué y estaba frío.
Agitóse con violencia,
y yo le dije: «No llores.»
Para los grandes dolores
nunca tuvo resistencia.
El rostro de llanto lleno
ocultarme quiso en vano:
al salir me dió la mano:
Anselmo en el fondo es bueno.
Le visité, y él a mí;
vió a mis chicos: les besó;
con ellos se encariñó,
y vamos viviendo así.

JULIA Recuerdos de la bonanza
aplacan la tempestad.

LEAN. ¿Por mucho tiempo?

JULIA En verdad
no tengo gran esperanza.
(Don Gaspar se pasea algo nervioso.)

GAS. ¿Pero se fué a Leganés
(Vuelve a su tono agresivo.)
ese pobre mentecato?
¿No le han dicho que hace rato
que hemos llegado los tres?
¡Anselmo! (Asomándose al despacho.)

JULIA (Queriendo contenerle.)
¡Pero, por Dios!

GAS. Déjate de tonterías..
¡Anselmo!

ESCENA V

JULIA, DON GASPAR, DON LEANDRO y DON ANSELMO por la derecha primer término, con un libro en la mano y algo distraído

ANS. Muy buenos días.
GAS. Buenos días; sí, las dos
de la tarde. Ni percibes
la oscuridad que negrea,
ni notas quién te rodea,
ni sabes la hora en que vives.
ANS. Lo primero es lo primero:
saber en qué instante vivo
poco importa; si percibo
que ya pasó, ¿qué más quiero?
GAS. Aunque modesto lo expreses,
(Después de meditar.)
ya dijiste algo muy hondo.
Mas, para llegar al fondo,
se necesitan tres meses.
¿Lo has entendido? (A Julia.)
JULIA Yo, no.
GAS. ¿Y tú lo entendiste? (A don Leandro.)
LEAN. Acaso.
ANS. El que no entiende este paso
(Riendo y dejando el libro.)
de locos, voy siendo yo.
GAS. Claro; tú ni oyes ni ves,
y con tus sabias doctrinas
en línea recta caminas
camino de Leganés.
ANS. Como a la triste mansión (A don Gaspar.)
vas también a paso largo,
desde ahora te doy encargo
de guardarme habitación.
GAS. Ya veremos en su día
qué cerebro está más hueco;
pero, entretanto, no peco
nunca por descortesía.
JULIA Hace dos horas que estoy
esperando su venida.
ANS. ¡Ay, señora de mi vida,
ahora declaro que soy
un necio, pese a quien pese,
y que no tengo un adarme

de juicio, y a empadronarme
voy a Leganés con ese.

LEAN. ¿Qué estudiabas?

ANS. Un sin par
libro de filosofía
sobre el deber.

GAS. ¡Bobería!
para no deber pagar.

ANS. Tú lo has dicho. (Con seriedad.)

GAS. ¡Lindo fruto
de algún librote tamaño!
Lo que estudias en un año (Con suficiencia.)
lo resuelvo en un minuto.

ANS. ¡Qué remedio! La verdad
no se puede oscurecer,
y pocos logran tener
tu enorme capacidad.

GAS. Por subir nunca me afano.

ANS. El águila siempre sube.

JULIA Antes de estallar la nube, (A don Leandro.)
se siente el trueno lejano.

ANS. ¿Y tus hijos no han venido?

GAS. A Sofía llevó Juan
de visitas, ya vendrán
más tarde.

ANS. ¿Te has convencido
al cabo por mis razones,
de que eran muy peligrosas
para el chico, sus viciosas
y *flamencas* aficiones?

GAS. Es joven y es natural
que se divierta.

ANS. Es corriente:
pero es persona decente
y de alta clase social:
sigue, aunque mal, su carrera:
es rico, bien educado:
desde niño se ha encontrado
por su dicha en otra esfera;
y no está bien que tu Juan
se meta en una zahurda,
y se propine una *curda*
en *compaña* de un *barbián.*

JULIA En eso tiene razón.
(A su hermano, apoyando a don Anselmo.)

GAS. Es manía.

LEAN. No es manía.

JULIA Se entrega á la *chulería.*
ANS. Que será su perdición.
GAS. ¡El filósofo profundo!
¡El liberal exaltado!
¡El que siempre ha proclamado
la igualdad en este mundo!
¡Y ahora en desdeñosas frases,
busca artificiosas trazas,
para dividir las razas
y desmenuzar las clases!
(Con gran exaltación y tono agresivo.)
ANS. Siempre fuiste palabrero
(También muy excitado, se ve que don Gaspar le irrita.)
y la maña no has perdido:
siempre tu táctica ha sido
hablar gordo y el postrero,
y siempre ha sido su norma
cubrir porque no se vea
lo vacío de la idea
con lo hinchado de la forma.
GAS. Porque es persona decente
mi Juan, según dices tú,
no quieres, ¡por Belcebú!
que se roce con la gente
humilde.
ANS. Pues no es verdad
que yo pretenda tal cosa;
la modestia es muy hermosa
y es muy santa la igualdad;
pero ha de ser, siempre y cuando,
a ese nivel que pretendo,
lleguemos todos subiendo,
no si llegamos bajando.
Acérquese cuanto quiera
el más alto al más humilde;
por su clase no le tilde,
ni le ofenda, ni le hiera;
y en pos de nobles ideales,
sin distinguir jerarquías,
agoten sus energías
todas las clases sociales.
Que mezclen sus sacrificios
y que mezclen sus tristezas,
pero no sus impurezas
ni mucho menos sus vicios.
La igualdad no está en la jerga

que ladra la gente chusca:
al pueblo no se le busca
en los goces de la juerga:
y tu simpático Juan,
revuelve en lodo maldito
los vicios del señorito
con los vicios del barbián.

GAS. ¡A mi Juan, no te consiento
(Acercándose airado a don Anselmo.)
que le trates de ese modo!

JULIA Pero, hombre, después de todo,
si es colérico su acento,
es prueba del interés
que le inspira.

GAS. Pues renuncio
a su bondad.

ANS. Pues te anuncio
que yo soy aragonés;
que mi voluntad penetra
donde quiere: y no querría
ver, como he de ver un día...

GAS. ¿A quién?

ANS. A un hijo de Petra.
(Pequeña pausa.)

JULIA (A don Gaspar.)
Te digo, por vez segunda,
que Anselmo tiene razón:
y que alguna desazón,
pero acaso muy profunda,
ha de darte ese muchacho.

LEAN. ¡Anoche, cómo ha venido!

GAS. ¿Cómo ha venido?

JULIA ¡Perdido!

ANS. Mucho más claro, ¡borracho!

GAS. Pero si es, que esa porfía
en que necio se complace
contra mi chico, no nace
de amor, ni de simpatía.

ANS. ¿Pues de qué? (Con asombro.)

GAS. ¿Lo digo?

ANS. Sí.

GAS. ¡De odio!

ANS. ¡Yo!.... ¡Solemne pausa!
(Burlándose de Gaspar.)

GAS. ¡Odio! Lo dicho.

ANS. ¿Y la causa?

GAS. Que en mi Juan, me ves a mí.

ANS. ¡Tableau! (Riendo a carcajadas.)
JULIA (Aparte a don Leandro.)
¿Quién sabe si atina?
LEAN. ¿Usted también? ¡Qué locura!
(Don Anselmo le coge la mano a don Gaspar con solicitud cómica.)
ANS. ¡Cuarenta y dos!... ¡Calentura!
Tres gramos de antipirina.
(Don Gaspar separa la mano con enojo y se aparta de Anselmo.)
JULIA ¡Qué bien la edad se revela
en los ímpetus y anhelos!
LEAN. Riñendo como chicuelos
al escapar de la escuela.
JULIA ¡Un hombre de juicio y peso! (A su hermano.)
LEAN. ¡Un filósofo profundo! (A don Anselmo.)
ANS. ¡El... loco!
GAS. ¡Y él... iracundo!
LEAN. Y entrambos a dos sin seso.
GAS. Siempre su carácter fué
arrebatado y violento.
ANS. Es verdad: hay un momento
en que me ciego y no sé
vencer mi naturaleza...
o contener una frase.
GAS. Como que una vez en clase
me hizo cascos la cabeza.
ANS. ¡Fué tu condición traidora!
GAS. Y la tuya fué bravía.
Y mi cráneo...
ANS. No tenía
tanto espesor como ahora.
GAS. Lo que te pido y te ruego
es que a Juan no le reprendas.
ANS. Lo que te pido es que atiendas
mis consejos, porque ciego
te tiene (aunque no te cuadre
confiésalo) su cariño;
y, cuando al mozo le riño,
hago las veces de padre.
GAS. Lo soy yo.
ANS. No lo parece
según lo mal que le educas.
GAS. Inútilmente machucas,
porque yo sigo en mis trece.
Y con mi Juan, mucho tiento;
mira que te certifico

de todas veras, que el chico
tiene poco sufrimiento.
Yo tengo más, y con todo
ya su límite rebasa.

ANS. ¿Te marchas?

GAS. Me vuelvo a casa.

ANS. Muy bien hecho. De ese modo
(Ya con mucha calma.)
te refrescarás la piel
con el frescor de la helada,
y la sangre acalorada
recobrará su nivel.

GAS. Pues no me voy. Porque aquí (Volviendo.)
aguardo a Juan y a Sofía.

ANS. Mejor que mejor: sentía
de veras, verme sin tí.

GAS. Pues, querido, ilusión vana:
porque me voy al despacho
hasta que venga el muchacho
a buscarme con su hermana.
Vamos, Julia, y me leerás
los periódicos.

JULIA Muy bien.
(Disponiéndose a acompañarlo.)

ANS. Te recomiendo también,
y en ellos lo encontrarás,
un caso, que es un primor
para ti.

GAS. ¿Pues qué ha pasado?

ANS. Un tigre que ha devorado
en su jaula al domador.
(Gaspar hace un gesto de enojo y sale con Julia.)

ESCENA VI

DON ANSELMO y DON LEANDRO

ANS. Y es el caso, que en el fondo
el pobre Gaspar es bueno.

LEAN. Y en el fondo, tú también;
pero os juntais... ¡y el infierno!
Tú, que eres hombre de calma
y de prudencia un modelo,
que blasonas de filósofo
y hablas siempre del respeto
que todas las opiniones

merecen en buen derecho;
tú, que supiste los ímpetus
encadenar de tu genio,
sujetando a la razón
tu carácter rudo y fiero,
¿por qué causa o qué motivo,
o acaso por qué misterio,
cuando te ves frente a frente
de Gaspar, rompes el freno,
y si él se muestra irascible
te desatas tú violento?

ANS. Tienes razón; y hago mal:
lo conozco y no me enmiendo.
Soy su amigo y soy honrado,
y tú sabes si le aprecio;
pero su voz para mí
es como el clarín guerrero:
le escucho, y antiguas iras
se revuelven en mi pecho.
En fin, que no soy un santo,
aunque me esfuerce por serlo.

LEAN. Y en lo que dice de Juan
confiesa que está en lo cierto.

ANS. Mucho a Gaspar se parece:
lo que fué en antiguos tiempos
el padre, su propia imagen,
es hoy el hijo en efecto.
Pero con todo, bien sabes
que eran sanos mis consejos.
y que si el chico no cambia
de conducta, llegaremos
a una catástrofe horrible,
que él no teme y yo preveo.
Pero en fin... punto y aparte.
(Se sienta junto a la mesa.)
¿Y tú, qué tal?

LEAN. Siempre bueno.
Ya me olvidaba: hace poco
esa tarjeta trajeron.

ANS. (Cogiendo la tarjeta y leyendo con indiferencia.)
«Ramiro de Pablo y Peña.»
No conozco a este sujeto.

LEAN. Dijo el criado, que era un joven
con cara de pedigüeño,
que deseaba hablarte. En fin,
uno de tantos bohemios
como a tí acuden.

ANS. (Tocando el timbre.) Aguarda.
Si es un joven... he de verlo.
(Con cierto interés.)

ESCENA VII

DON ANSELMO, DON LEANDRO y CRIADO

ANS. Cuando vuelva el que ha traído
esta tarjeta... al momento
me avisa usted.
CRIADO Sí, señor. (Sale.)

ESCENA VIII

DON ANSELMO y DON LEANDRO

LEAN. ¿Hay en puerta, según veo,
otro protegido más?
¡Y van tres en año y medio!
ANS. Pocos son: yo más quisiera:
(Con exaltación.)
muchos más... pero no puedo.
LEAN. Ya me preguntaba ayer
Gaspar, con burlón acento:
«la plaza de secretario
está vacante hace tiempo:
salió el último un truhán,
salió el penúltimo un trueno:
holgazán el anterior,
y el precedente mocero;
conque a ver, ¿cuándo les da
digno sucesor, Anselmo?»
ANS. Cada cual tiene en la vida
(Con tristeza y discreción.)
sus secretos.
LEAN. ¿Un secreto? (Con interés.)
ANS. O sus deberes.
LEAN. ¿Deberes
tienes tú con todo el gremio?
ANS. Con todo joven que vea
abandonado en el cieno
de la vida, sí señor,
tengo deberes: los tengo.
LEAN. ¿Pero son... así... en abstracto?

ANS. ¡Y quién sabe si en concreto!
LEAN. ¡Mi curiosidad excitas!
ANS. En el alma llevo un peso.
LEAN. Divídelo entre los dos:
soy tu amigo verdadero.
ANS. ¿Por qué no?
LEAN. Pues ya te escucho.
ANS. Pues va de historia ó de cuento.
Quizá son cavilaciones;
quizá la edad y los nervios:
quizá locuras. . en fin,
acércate más... y hablemos.
(Pausa. Se siantan muy juntos.)
Petra casó con Gaspar
y se desplomó mi ser,
que perderla fué perder
toda esperanza de amar.
El cuerpo con calentura,
los sentidos excitados,
pasé por todos los grados
del furor y la locura,
llevando en el corazón
para mi eterno martirio,
los despojos del delirio,
las heces de la traición.
Yo desprecié a las mujeres,
yo codicié sus dolores,
y sólo vi en sus amores
ruin manantial de placeres.
Claro que discurre así
tan sólo el que está demente,
pero así piensa el que siente
el dolor que yo sentí.
LEAN. ¡Pobre Anselmo! ¡Ya lo sé!
fué la ilusión de tu vida.
ANS. Y toda ilusión perdida,
¡cómo quebranta la fe!
Extremando sus rigores
hasta el alma nos penetra...
y así la traición de Petra
vino a pagarla Dolores.
(Pequeña pausa.)
Era una chicuela airosa,
de las que gastan pañuelo,
con ojos color de cielo
y cara color de rosa.
Cuando su boca reía

y sus pupilas flameaban,
los aires se iluminaban
de noche como de día.
Tal regocijo y viveza
ni he visto nunca ni existe...
pero al fin se puso triste
y me cansó su tristeza.
«Basta —pensé— ya no más.»
Y entre traidor y cobarde,
«volveré», dije una tarde
y ya no volví jamás.
Cumplí como caballero:
de oro le mandé un puñado:
pero después he pensado
con asco en aquel dinero.
Y así acabó de repente
aquella pasión sencilla,
entre la pobre chiquilla
y el filósofo incipiente.
Ella de veras me amó:
no estaba bien educada;
pero era buena y honrada,
con más corazón que yo.

LEAN. ¿Cuántos años hace?

ANS. Veinte
o veintidós... cosa así...

LEAN. ¿Y ahora se despierta en tí
la conciencia?

ANS. Indiferente
y con lánguido desmayo
va la nube peregrina,
y de pronto se ilumina
con la roja luz del rayo.
Pero esta angustia que va
extendiéndose en mi ser
lentamente, no es de ayer;
cuenta muchos años ya.
Cinco o seis eran pasados
del abandono de Lola,
y su imagen triste y sola,
en momentos muy contados,
fugaz cruzaba ante mí
como fantasma que vaga,
cuando la vi en hora aciaga
o imagino que la vi.
Era una mañana fría
y era un cuerpo casi inerte;

era un condenado a muerte
qué arrastraba su agonía.
Obligado Cirineo,
por compromiso y piedad,
con la Paz y Caridad
iba acompañando al reo.
Y entre el pueblo que vocea,
y el reo que desfallece,
mi conciencia se estremece
aferrándose a esta idea:
«¡Cuánto se debe sufrir
al tiempo de sentenciar,
y cómo podrán matar
hombres que deben morir.»

ESCENA IX

DON ANSELMO, DON LEANDRO y CRIADO

CRIADO El joven de antes ha vuelto.
LEAN. Bien está, que espere un rato.
CRIADO Lo mete todo a barato
porque el mozo es desenvuelto.
Me dió esta carta... y espera...
(Don Leandro coge la carta y la arroja en la bandeja.)
ANS. Ya digo que espere un poco.
CRIADO ¿Y si alborota ese loco?...
LEAN. Entre todos le echais fuera.
(Sale el Criado.)

ESCENA X

DON ANSELMO y DON LEANDRO

LEAN. Y sigue tu relación,
que interesándome va.
ANS. Me falta muy poco ya.
LEAN. Pues venga la conclusión. (Pausa.)
ANS. Arriba el espacio azul,
y abajo y hacia el madero,
nuestro fúnebre reguero
bajo el espléndido tul.
La procesión por la cuesta:
en doble hilera la gente:

y un rayo de sol naciente
que toma parte en la fiesta.
De pronto una voz oí,
voz que me hizo estremecer:
era una voz de mujer:
por instinto me volví.
Entre la turba apiñada,
echando el cuerpo adelante,
lleno de llanto el semblante.
sobre los piés empinada,
un pañuelo en derredor
del cuello, flojos sus lazos,
y alzando un niño en los brazos
para que viese mejor.
¡imagen de mis amores
olvidados y perdidos,
vi, suspensos los sentidos,
la figura de Dolores! (Pequeña pausa)
De Dolores que procura
de puntillas sobre el suelo,
levantar al pequeñuelo
sujeto por la cintura,
gritando con voz chillona:
«¡Ay, niño del alma mía,
así puedes verte un día
si tu padre te abandona!»
Quise volver.. me volví...
logré encontrar su mirada;
pero la mano crispada
del reo se agarró a mí,
y en infame procesión,
seguimos hacia adelante,
el reo, el agonizante,
mucha gente en confusión,
y Dolores que pregona
sin cesar con voz sombría:
«¡Así puedes verte un día
si tu padre te abandona!»

LEAN. ¿Y aquel niño, que Dolores
se empeñó en hacerte ver,
supones que pudo ser?...

ANS. El hijo de mis amores.

LEAN. ¿Y no le buscaste?

ANS. Más
no pude haberle buscado:
todo inútil: no he logrado
volver a verle jamás.

Aquel niño será un hombre:
¿vil... honrado?... ¡Qué profundo
problema, cuando en el mundo
se entra sin padre y sin nombre!
¿Comprendes ahora el empeño
conque les doy protección
a todos? Pues la razón
es que persigue mi sueño
al sér que en mi desvarío
ni aun supe haber engendrado.
¡No hay un hijo abandonado
que no me parezca el mío!
¡El que la ocasión señala!...
(Enumerando con creciente exaltación.)
¡El primero que se ofrece!...
¡El que menos lo merece!...
¡El que espera en la antesala!...
¡Tú verás!
(Cogiendo la carta y leyendo el sobre.)
Pero, ¿qué es esto?
En este sobre, ¿qué dice?
¿Será que al fin se realice
mi esperanza?... ¡Vamos presto!
(Deteniéndose al abrir la carta.)
¡Un presagio! ¡Candidez,
preocupación, disparate!
(Riendo con risa forzada.)

LEAN. ¡Es que tu razón se abate!

ANS. ¡Que se acerca la vejez!

LEAN. Vamos allá.

ANS. ¡Todo en vano!...
«A don Anselmo de Ulierte
para después de mi muerte:
entregada en propia mano.»
(Leyendo.)
Sin embargo, me da miedo.
«Después de mi muerte.» ¿Ves?
¡Eso dice!

LEAN. Abrela, pues.

ANS. Quisiera... pero no puedo.
(Rompe temblando el sobre; pero no acierta a sacar la carta.)

LEAN. (Impaciente.)
Esa carta es un abismo,
por lo visto, sin medida.

ANS. ¡Cuántas veces en la vida
me ha sucedido lo mismo!

LEAN. Vamos...
ANS. Ya voy... (Leyendo.)
¡Dios del cielo!
¡Dolores!... ¡Dios de piedad!
LEAN. ¿De modo que era verdad?
ANS. ¡Ante mí se extiende un velo!...
¿Qué dice... qué dice aquí?
(A don Leandro.)
LEAN. ¿Tú quieres?...
ANS. ¡Sí, por favor!...
(Don Leandro va a leer. Don Anselmo se arrepiente, le quita el papel y lo aprieta contra su pecho.)
Perdona... no... que en rigor
esto es sólo para mí.
«Esta carta muy cerrada
(Leyendo con ansia y trabajo.)
a Ramiro se la entrego;
él nada sabe; tú, luego,
verás lo que más te agrada.
Es breve mi despedida...
tengo sueño y tengo frío...
¡Nuestro Ramiro fué mío
mientras me duró la vida!
Estoy manchando el papel
con llanto... siempre llorona...
¡Perdona, Anselmo, perdona!
¡Por Dios, haz algo por él!
¡Anselmo, voy a morir...
por mi Ramiro lo siento:
por mí, nada... es un momento...
y estoy harta de vivir!»
(Cae llorando sobre la mesa.)
¡Ella, tierra... y él, conmigo!
¿A qué espero, si él aguarda?
Dirá el pobre: ¡Cuánto tarda!
¡Ya no tardo!... ¡Voy contigo!
(Levantándose con ímpetu.)
¿No ves lo que yo decía?
¡Que nos pese o nos halague,
no hay deuda que no se pague,
y hoy me reclaman la mía!
LEAN. Alguien llega...
ANS. Debe ser...
¿Cómo se llama?... ¡Ramiro!
LEAN. ¡Valor!
ANS. Si llega y le miro
ante mí, ¿qué voy a hacer?

¡Gozo, tiemblo y me estremezco...
dudo, vacilo y me ofusco...
temo que venga y le busco
y al buscarle, desfallezco!
(Cae en el sofá.)

ESCENA XI

DON ANSELMO, DON LEANDRO, SOFIA y JUAN

SOFÍA Buenas noches.
JUAN Mi papel
de acompañante, termina.
LEAN. Muy buenas. (Dándole la mano.)
JUAN ¿Qué le fascina
que no atiende?
(A don Leandro, señalando a don Anselmo.)
ANS. (Mirando de reojo.) Pues no es él.
LEAN. Siempre está con sus ideales.
SOFÍA ¿Piensa en algo muy sublime?
JUAN Piensa en ver cómo suprime
los sentidos corporales.
LEAN. Es posible.
JUAN (A Leandro, en voz baja.)
Yo preveo
que le tendremos que atar.
SOFÍA ¿No nos quiere saludar?
(Acercándose cariñosa a don Anselmo.)
ANS. ¿A vosotros? Ya lo creo.
JUAN (Acercándose a él y con exageración cómica.)
Huya el cuerpo: doble el brazo:
llegue en firme y muy a punto,
que por las señas barrunto
que hay que parar *un sablazo.*
ANS. No entiendo.
JUAN (A su hermana, en voz baja.)
¡Tiene salero
este Júpiter tonante!
Allá fuera hay un tunante
(A don Anselmo, en voz alta.)
que viene a pedir dinero.
ANS. ¿Tú le conoces?
(Levantándose y con ansiedad.)
JUAN ¡Por Dios!
¿Si le conozco? ¡No es cosa!

¡Cuánta juerga escandalosa
(Al oido a don Anselmo.)
hemos corrido los dos!
El pobre está muy perdido: (Alto.)
tiene a los amigos hartos;
y a mí me debe unos cuartos...
que ahora se los he pedido.
Mal b cho y sin aprensión.
Juega, bebe, tira y ronca,
y se crece en una bronca,
porque tiene corazón.

ANS. ¡Pero eso que estás diciendo
(Con ira reconcentrada.)
es mentira!

JUAN ¡Bien está!
¿Es que comienza usted ya?
Yo digo que está ofendiendo
con su presencia esta casa:
digo de él lo que merece,
y usted no me lo agradece,
y siempre lo mismo pasa.

ANS. Porque es miserable acción
aplastar a un desdichado,
que aun vencido y humillado
te aventaja en corazón.
(Después, conteniéndose.)
Porque no juzgo decente
ofender de tal manera
a ese joven... o a cualquiera...
cuando no se halla presente.

JUAN Si usted no sabe... si allí...
allí mismo, en dos voleos,
echó cuatro chicoleos
a Sofía... y ante mí.

LEAN. ¿Pero es verdad? (A Sofía.)

JUAN (A Sofía.) Dilo, pues.

SOFÍA No dijo nada ofensivo.
[illegible] Se conoce que es muy vivo;
pero estuvo muy cortés.

ANS. Esa es la pura verdad:
¡alguna flor a Sofía!
cualquiera se la diría
a los veinte años de edad.

JUAN La galanteó sin rebozo:
con descaro la miró:
y cuando mira así, yo
sé lo que cavila el mozo.

Y para que no se engalle
con sus groseros ensayos,
voy hacer que dos lacayos
me lo planten en la calle.

ANS. ¿A Ramiro?

JUAN Justamente.

ANS. ¿Echarle tú?

JUAN Por lo visto.

ANS. ¿De mi casa? ¡Vive Cristo,
que sólo estando demente,
viste la salida llana;
pues me parece más cierta,
que la suya por la puerta,
la tuya por la ventana!

LEAN. ¡Por Dios, Anselmo!... (Conteniéndole.)

JUAN ¡No más!
¡El o yo!

ANS. No des un paso.

SOFÍA (A don Anselmo.)
¿Le conoce usted acaso?

ANS. (Conteniéndose.)
Yo... no le he visto... jamás,
pero que es muy pobre sé...
sin padres... sin valimiento...
¡y no sufro, ni consiento,
que nadie le pisotee!

ESCENA XII

SOFIA, DON ANSELMO, DON LEANDRO, JUAN; por la derecha DON GASPAR y JULIA

GAS. ¿Qué ocurre?

JUAN (Señalando a don Anselmo.)
¡Que me maltrata!
¡y que no lo he de sufrir!

GAS. ¿Lo ves? (A Julia.)

JULIA (A su hermano.)
Déjanos oir.

GAS. Pero en fin, ¿de qué se trata?

ANS. ¡De tu Juan!

JUAN ¡De su violencia!

SOFÍA No hay razón para ofenderse.

GAS. ¿Hay manera de entenderse?

LEAN. Claro: teniendo paciencia.

ANS. Es que tu hijo tiene empeño
en que todo es tabla rasa:
y que dispone en mi casa,
como si fuera su dueño.
(Toca el timbre.)
Que entre ese joven.
(Al Criado que se presenta.)
JUAN Total:
que yo le echaba de aquí.
(A su padre.)
GAS. ¿Otro secretario?
JUAN Sí.
GAS. ¿Algún perdido?
JUAN Cabal.
LEAN. ¿Y le dirás?... (En voz baja a don Anselmo.)
ANS. (A don Leandro en voz baja.)
Desvarío:
hoy le hiciera desgraciado:
cuando llegue a ser honrado,
le diré que es hijo mío.

ESCENA XIII

SOFIA, JULIA, DON ANSELMO, DON LEANDRO, DON GASPAR, JUAN y RAMIRO, por el fondo

RAM. (Aparte.)
¡Aquí está la niña hermosa!
¡Entro en la casa con suerte!
¿Quién es don Anselmo Ulierte?
(En voz alta.)
ANS. Servidor de usted.
(Todo este final se abandona al actor.)
RAM. (Aparte.) Famosa
presencia.
(En voz alta.) Pues yo traía
una carta.
ANS. Ya lo sé.
RAM. Que mi madre...
ANS. Pase usté
a mi despacho.
RAM. Venía...
ANS. Sí, señor; ya lo adivino.
SOFÍA No tiene razón mi hermano.
(En voz baja a don Leandro.)

(Don Anselmo sin poder dominarse le coge la mano con arranque mal contenido.)

JUAN (A su padre.)
¡Toma... que le da la mano!

ANS. (Le hace entrar.)
Es enseñarle el camino.
(Aparte.)
Apuró copa de hiel
por mi abandono fatal:
o le redimo del mal,
o doy la vida por él.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La escena representa un salón en planta baja que corresponde a una quinta de recreo de don Gaspar. Puertas laterales: dos a cada lado. Rompimiento de tres vanos en el fondo: se ve el jardín, y por el arco central una gran avenida, que se pierde en la espesura. Decoración lujosa: el centro despejado, para que se divise la avenida libremente: la habitación con los objetos propios de esta clase de edificios y de la época de verano.

ESCENA PRIMERA

DON LEANDRO y JUAN

JUAN — Usted dirá lo que guste:
será un santo don Anselmo,
y un sabio, y un ave fénix
y un ciudadano perfecto;
mas para mí siempre ha sido
el posma más sempiterno
que se encuentra en toda España
de Cádiz al Pirineo.

LEAN. — Porque te quiere de veras,
es contigo tan severo.

JUAN — Eso es un infundio.

LEAN. — ¡Juan,
qué término!

JUAN — Pues un término,
que por manera expresiva
y clara, pinta un concepto.
Pero si a usted no le agrada,
diré en estilo académico,
que don Anselmo por mí,
desde que nos conocemos,

siente aversión invencible:
adversus me siempre adverso.
LEAN. Te equivocas.
JUAN Pues mi padre
piensa lo mismo que pienso,
y me ha dicho que no sufra
sus homilias por más tiempo:
que ya soy mayor de edad
o que lo seré en Enero,
y que no es mi pedagogo
o mi tutor don Anselmo.
El quisiera sujetarme
a sus caprichos, y luego
como mi padre es tan débil
a pesar de su mal genio,
se ablanda, le busca y cede
y a las andadas volvemos.
LEAN. Eran allá cuando chicos
amigos y compañeros.
JUAN Pues será por lo que sea,
y acaso será por eso.
Es decir, que al mes cabal
de aquel disgusto, volvieron
a firmar treguas o paces;
y a su quinta de recreo
se trajo mi noble padre
a su amigo verdadero,
en cuanto llegó el verano
y con él, el veraneo.
LEAN. ¿Te pesa?
JUAN ¿No ha de pesarme?
Pudiera estar en el cielo
y estoy en el purgatorio,
si no estoy en el infierno.
¡Pues cuando menos lo piense
le armo una bronca y me cuelo!
LEAN. ¡Juan, por Dios!
JUAN ¡Qué superfinos
a todos nos vuelve el tiempo!
¡Qué juiciosos y prudentes
cuando llegamos a viejos!
¡Qué formales, cuando ya
no hay manera de no serlo!
(Paseando con enojo.)
LEAN. ¡Si te oyera quien tú sabes!
JUAN ¡Ya me oirá si tiene empeño!
Y quien se empeña en que sean

(Volviendo a acercarse a don Leandro.)
amigotes los *abuelos*,
yo me lo sé, sí, señor,
¡es Sofía!

LEAN. Lo comprendo.

JUAN Y yo también: que la niña
¡tiene un trapo y un trasteo
que ni el mismo Lagartijo!

LEAN. ¡Que es tu hermana!

JUAN ¿En qué la ofendo
si la comparo, señor,
con el insigne maestro?
Los dos echan *una larga*,
los dos dan *pases de pecho*,
y ella le lleva ventaja
porque *mata recibiendo*.

LEAN. Si no te callas, me voy.

JUAN Cuente usted que soy un muerto.
Si estas son cuatro tontunas,
si a mi hermana yo la quiero.

LEAN. Bien está. Y es natural
por don Anselmo su afecto.
El la profesa cariño
de padre.

JUAN No se lo niego.
De toda nuestra familia,
sólo por ella el severo
filósofo se enternece
y desfrunce el entrecejo.
Pero hay más de lo que ustedes
imaginan. Yo penetro,
por mi experiencia y mi aquel,
de mi hermana los proyectos.
Yo a las mujeres conozco:
cuando ellas vienen, yo vuelvo.

LEAN. Conoces otras mujeres;
pero tu hermana, te advierto
que no es de las que conoces.

JUAN ¿Usted también? Pues ya tengo
tres mentores con mi padre,
y me sobran dos y medio.
¡Todas las mujeres son
hijas de Eva!

LEAN. ¿Y qué tenemos
con toda esa algarabía?

JUAN Que mi hermana trae revuelto
a Ramiro, y que Ramiro

la tiene sorbido el seso;
y que ella se echó esta cuenta:
don Gaspar y don Anselmo
celebran paces, y juntos
vienen a la quinta: bueno.
El secretario vendrá
a despachar, cuando menos
una vez al día: ¡bravo!
Y en este lugar ameno
continuamos nuestro idilio
entre flores y arroyuelos.
¡Y gloria a los lindos mozos
y a las chiquillas de ingenio!

LEAN. Desatinos, invenciones,
malicias.

JUAN Ya lo veremos.
Por si acaso acaban hoy
la tramoya y el enredo.
Mi padre se encargará
de Sofía, y yo del necio,
que siendo lo que se sabe,
busca lo que ya sabemos:
mujer linda y rica dote,
posición y regodeo.

LEAN. Anda con cuidado, Juan.

JUAN Ni al secretario le temo,
ni al principal, que ya saben
que yo no soy un muñeco.

LEAN. Ramiro no sufre insultos.
(En este momento entra don Anselmo y se aproxima sin que le vean.)

JUAN Ni yo me achico, que llevo,
(Se acerca con intención y misterio a don Leandro.)
por si el mozo se desmanda,
como suele, un argumento
que convence. (Saca a medias del pecho un puñal.)

ESCENA II

DON LEANDRO, JUAN y DON ANSELMO, por lo izquierda, primer término, que es su cuarto

ANS. Y además.
muy propio de un caballero.
(Interponiéndose. Al pronto queda callado y algo confuso Juan. Reponiéndose después de una pausa.)

JUAN — Antes llevaban tizonas.
¿Qué más da? Hierro por hierro.
Todo es cuestión de medida,
y después en el jaleo,
cuanto más corto, más cerca;
cuanto más largo, más lejos.
ANS. — En eso verdad dijiste.
JUAN — Ya lo sé. (Riendo.)
ANS. — Te lo concedo.
De medida es la cuestión
para el uno y otro acero.
El puñal de la taberna,
para los ignobles huecos:
la espada para las nobles
anchuras del campamento.
Basta, vete.
JUAN — Poco a poco.
ANS. — Poco a poco, no por cierto:
deprisa, que aprisa vas
(Yendo hacia él y señalándole la puerta.)
a tu perdición por necio.
(Sale Juan protestando con un ademán.)

ESCENA III

DON ANSELMO y DON LEANDRO

ANS. — A los dos seguir les miro
el sendero de la culpa,
y éste no tiene disculpa,
como la tiene Ramiro.
LEAN. — Con Ramiro, yo bien sé
que hay esperanza.
ANS. — No cedo,
y hago todo lo que puedo,
pero no sé si podré.
Hay en su fondo nobleza,
mas vivió entre podredumbre,
y es al cabo la costumbre
segunda naturaleza.
Abandonado a sí mismo,
como lo estuvo hasta el día
yo sé bien que rodaría
hasta el fondo del abismo.
Si yo no le saco a flote,
su fin claro se bosqueja:

la muerte en una calleja
o el presidio o el garrote.
Es la sentencia cruel,
es siniestra la palabra,
pero cada cual se labra
su tumba con su cincel.

LEAN. Pues otra complicación
vas a tener de cuantía.

ANS. Ramiro adora a Sofía
con todo su corazón.
¿No es eso?

LEAN. Tú lo dijiste.
Y ella...

ANS. Le quiere también.
Pero esa noticia, quién
sabe si es alegre o triste.

LEAN. ¿Tú ignoras que odia Gaspar
de muerte al pobre Ramiro?

ANS. Es cierto; pero yo miro
mar adentro, en ese mar.
¿Cuándo peligra el honor (Acercándose a él.)
en una pasión maldita?
Cuando al mal nos precipita
una mujer sin amor.
Pero, ¿cómo nuestro ser
vence a su negro destino?
Encontrando en su camino
el amor de una mujer.
Petra fué mi maldición
y fué mi eterna agonía;
acaso encuentre en Sofía
Ramiro su redención.
Por eso dudar me viste.

LEAR. Pues ella viene hacia aquí.

ANS. ¡Quién sabe si para mí
viene alegre o viene triste!

ESCENA IV

DON ANSELMO, DON LEANDRO y SOFÍA, por la derecha, segundo término, que es su cuarto

SOFÍA (Alegremente a don Anselmo.)
¿De la tarde la frescura
no quiere usted disfrutar,
conmigo viniendo a dar

un paseo por la anchura
del valle? Yo nunca falto,
ni usted debiera en rigor.

ANS. Conservan mucho el calor
esas rocas de basalto.

SOFÍA Pues no lo noté.

ANS. Yo sí.
Hay en la materia inerte
diferencias de igual suerte
que las que vemos aquí.
Roca que pronto se enfría
en la sombra reclinada;
y otra que sigue caldeada
al llegar la sombra umbría.

SOFÍA Yo conozco una vereda
todo cubierta de sombra:
la retama por alfombra,
por techumbre la arboleda.
Y en las tardes del estío,
de pájaros un enjambre.
Les doy pan, matan el hambre
y luego bajan al río:
se bañan, templan la sed,
y revuelan por los llanos
más ligeros y más sanos
y mas alegres que usted.

ANS. No soy digno, lo confieso,
de esos goces, hija mía:
la eterna sabiduría
de Dios, fabricó exprofeso
esos campos infinitos
y esas veredas umbrosas,
para las niñas hermosas
y los pájaros bonitos.

SOFÍA Y para usted.

ANS. No lo creo.

SOFÍA ¡A que sí!

ANS. No me persuades.

SOFÍA Es que allá en sus mocedades
no habrá usted sido muy feo.

LEAN. Y ahora, ¿qué traza el pincel?

SOFÍA Ahora es simpático y noble:
con la majestad del roble,
con el verdor del laurel.

LEAN. Algo es algo: ya vendrán
(A don Anselmo.)
otros juicios menos suaves.

ANS.	Los viejos, ya tú lo sabes,
	tomamos lo que nos dan.
SOFÍA	¡Ya trabajó usté de sobra!
	(Acercándose a él cariñosa.)
	ya estará usted fatigado.
	¡Todo el día lo ha pasado
	(A don Leandro.)
	consultando obra tras obra:
	o escribe que escribirás:
	o meditando o leyendo!
	Vamos, que yo no lo entiendo;
	¿no se cansa usted?
ANS.	Jamás.
LEAN.	Ni desiste, ni se enfría:
	ni el cansancio le da el alto,
	una roca de basalto
	como hace poco decía.
SOFÍA	¡Qué cabeza! ¡Yo le admiro!
ANS.	Y además despaché solo
	mis cartas.
SOFÍA	¡Un protocolo!...
	Como ha faltado Ramiro...
	¡Qué holgazán! ¡Vaya un descaro!
	Se propinó una licencia.
ANS.	¿Con que has notado la ausencia
	de ese joven?
SOFÍA	Está claro.
	La huelga del caballero (Con enojo.)
	dió principio desde ayer;
	y hoy sigue, debe usted ser
	con el mucho más severo.
ANS.	Tienes razón: me decido.
	Sn carácter no me agrada:
	no me sirve para nada;
	por lo tanto, le despido.
SOFÍA	(Acongojándose mucho,)
	¡Eso no! ¡Basta un regaño
	para que no se desmande!
	(Suplicándole casi con lágrimas.)
	¡Me da una pena muy grande
	causar al pobre ese daño!
	Sin su noble protección
	de usted y sin su firmeza,
	él, con tan mala cabeza
	y con tan buen corazón,
	¿qué hará solo por el mundo,
	que a cada momento ofrece

a todos, según parece,
tanto abismo y tan profundo?

ANS. ¡Es preciso! (Fingiendo enojo.)

SOFÍA ¡Dios me asista!

ANS. ¡Lo he resuelto! (Lo mismo.)

SOFÍA ¡Y fué por mí!
(Llorando.)
¡Y él que le quiere a usted!

ANS. ¿Sí?
¿De veras?
(Con ansia y alegría olvidando su comedia.)

SOFIA ¡Salta a la vista!
Dice en su lengua—resabio
(Entre llanto y malicia.)
de su mala educación—
«me ha sorbido el corazón
ese demonio de sabio».

ANS. ¡Demonio de sabio!... ¡Espera,
(Fingiendo enojo.)
ya tendrá lo que conviene!
¡Demonio de sabio! ¡tiene
(Aparte, enternecido.)
mucha gracia ese tronera!
El lo dijo: *le he sorbido
el corazón*.. y aún ignora...
¡Qué chiquilla... pues no llora!
Nada, nada... le despido.
(Transición; en voz alta.—Paseándose con enojo.)

SOFIA ¡Es honrado y es leal! (En son de protesta.)

ANS. ¡Quién lo sabe!

SOFÍA ¡No, por Dios!

ANS. Tenemos que hablar los dos.
(Con tono cariñoso y grave a Sofía.)
¿Quieres dejarnos? (A don Leandro.)

LEAN. Sí tal.
Me voy por esa vereda
que tanto agrada a Sofía;
porque suceder podría
que Ramiro le conceda
la misma predilección
y le tenga el mismo apego:
conque hasta luego.

ANS. Hasta luego.

LEAN. ¿Preparas?... (En voz baja a don Anselmo.)

ANS. (Lo mismo a don Leandro.)
Su confesión.
(Este sale por el fondo.)

ESCENA V

SOFIA y DON ANSELMO

ANS. (Aparte.)
Teme la pobre perderle
y le defiende a su modo:
pues señor, después de todo,
ya *somos dos* a quererle.
Yo no sé por qué me espanto
ni de su suerte me quejo:
alguno muere de viejo
que no ha conseguido tanto.
(Acercándose a Sofía y hablando con dulzura.)
¿Te inspiro confianza yo?
(En voz alta.)
SOFÍA ¡Sí, señor; confianza entera!
Es decir... de una manera
que de otra manera, no.
ANS. Si soy severo y adusto:
si no me ablando ni cedo...
SOFÍA En vez de confianza, miedo...
Conque ahora escoja a su gusto.
(Pequeña pausa.)
ANS. Le tienes amor, Sofía.
SOFÍA ¡Jesús y qué mal pensado!
Es pobre y es desgraciado:
y me inspira simpatía.
ANS. La simpatía que llora,
la simpatía que embriaga;
que en el sueño no se apaga
y despierta con la aurora;
que nunca lo malo ve
y que abrillanta lo bueno;
y que se agita en el seno
abrazándose a la fe;
que no puede estar en calma
hasta que no hace su nido
allá en lo más escondido
y más ardiente del alma;
que es en la ausencia dolor
y en el retorno placer,
no se llama en la mujer
simpatía.. sino amor.
SOFÍA Claro que ha de resultar...
pintándolo de ese modo;

porque yo he sentido todo
lo que acaba de explicar.
¡Sí... nos amamos los dos!
(Con arranque de confianza.)
¡Y sólo en usted confío!
¡Don Anselmo...: padre mío,
no se enoje usted, por Dios!

ANS. ¿Pero tu razón no ve
que ese amor es insensato?

SOFÍA Insensato si es ingrato;
pero amándome, ¿por qué?

ANS. Es violento y es liviano,
y es un joven pervertido;
¿tú sabes cómo ha vivido?

SOFÍA Vamos, sí; como mi hermano.
(Pequeña pausa.)
Y mi papá, que yo creo
que en estas cosas es ducho,
le mima y le quiere mucho;
conque no será tan feo
ese modo de vivir
como a nosotros nos suena;
pero usted, por darme pena
no me lo quiere decir.

ANS. Tu padre está encariñado
con su Juan, según parece.

SOFÍA Pues más compasión merece
el que vivió abandonado.
¿Quién su voluntad locuela
educó con el ejemplo?
¿Su madre le llevó al templo?
¿Le envió su padre a la escuela?

ANS. (Dejándose llevar.)
En eso tienes razón.
En su existencia sombría
ha puesto, lo que tenía:
un hermoso corazón.

SOFÍA Y si usté hubiera vivido
como él, casi en la orfandad,
vamos a ver, la verdad,
al cabo, ¿qué hubiera sido?

ANS. (Dejándose llevar del todo.)
Con el fuego exuberante
que en mis venas siento arder,
hubiera llegado a ser
mucho peor que ese tunante.

SOFÍA Bueno, pues yo no le igualo

a usted en entendimiento,
pero talento...

ANS. (Con entusiasmo y orgullo.)
¡Talento
tiene y mucho!

SOFÍA Y lo que es malo
de veras .. ¡no lo es Ramiro!

ANS. ¿Quién esa infamia propala?

SOFÍA ¡Gente ciega!

ANS. ¡Gente mala!
El cariño que le inspiro
prueba de un modo evidente,
según dijiste hace poco,
que sabe amar ese loco.

SOFÍA ¡Que sabe amar! ¡Justamente!
(Con acento de triunfo.)

ANS. Pues si ama a su protector
Ramiro de esa manera...

SOFÍA Merece que se le quiera
cuando nos brinda su amor.
(Palmoteando de contento.)

ANS. (Aparte.)
Me ha pegado a la pared.
¿Qué estás diciendo, Sofía? (Alto.)

SOFÍA Lo que al principio decía
y lo que ahora dice usted.

ANS. (Alto.)
Hemos ido muy aprisa:
yo me he dejado llevar...
pero fuerza es recordar,
que es obligación precisa,
aunque tu amor la rechace,
a tu padre la obediencia:
y que tu padre en conciencia
ha de oponerse a ese enlace.

SOFÍA El se opondrá, sí, señor:
lo que es eso no lo dudo:
y por eso a usted acudo;
¿será usted mi protector?
(Haciéndole mimos.)

ANS. ¿Contra tu padre?

SOFÍA ¡Cabal!
¿Pues contra quién ha de ser?

ANS. Es faltar a mi deber.

SOFÍA ¿A su deber? ¡No se cuál!

ANS. El no tiene una carrera:
no conoce ningún arte:

no brilla en ninguna parte
ni sube a ninguna esfera.

SOFÍA Que tiene, afirmó su labio,
disposiciones famosas:
le enseña usted cuatro cosas
y ya le tenemos sabio.

ANS. Aunque es despejado y diestro, (Sonriendo.)
no se aprende tan de prisa.

SOFÍA ¡Tan de prisa!... ¡Me da risa!
¿ni teniendo tal maestro?
(Acercándose a él con zalamería y haciéndole mimos. Don Anselmo vencido y conmovido profundamente, dice lo que sigue con calor.)

ANS. Si tiene confianza en mí,
si nueva vida comienza
el día que me convenza
que se ha hecho digno de ti,
¡yo te juro por mi honor,
por todo lo más sagrado,
por *cuanto amé en lo pasado,*
(Estrechándola sus brazos y besándola en la frente.)
que protegeré tu amor.
(Sofía da un grito de gozo y le abraza.)
Yo supe lo que es amar:
yo he sufrido mis dolores:
y no quiero que tú llores
como me hicieron llorar.

SOFÍA ¡Qué bueno es usted! (Llorando.)

ANS. Por Dios,
seca, hija mía, tu llanto.

SOFÍA Y seremos entre tanto
para Ramiro, los dos...

ANS. Yo, el protector cariñoso
el amigo... el consejero...

SOFÍA ¡El padre!...

ANS. Sí, lo prefiero.
Tú su norte luminoso.
(La escena está casi a oscuras.)

ESCENA VI

DON ANSELMO, SOFÍA, DON GASPAR, JUAN; después JULIA.
Durante esta escena va anocheciendo lentamente

GAS. (A Juan.)
Vuelve adentro, y a mi hermana
a esta sala la conduces.

Todos aquí: con chapuces
y enredos nada se gana.
(Sale un momento Juan.)
¿Juntitos?
(Don Anselmo y Sofía forman un grupo a la izquierda.)

SOFÍA Sí, señor.

GAS. Ya.
¿De conciliábulo estáis?
¡Algo malo proyectáis!

SOFÍA No, señor.

GAS. Ya se verá;
y muy clarito y muy pronto.

JULIA Muy buenas.
(A don Gaspar, señalando a don Anselmo.)
¡Qué pensativo!

SOFÍA (En voz baja a don Anselmo.)
Yo con suavidad me esquivo,
que su cólera no afronto.

ANS. Una retirada honrosa
ante fuerzas superiores,
(Señalando a don Gaspar, Juan y Julia, que cuchichean.)
los capitanes mejores
la tuvieron por gloriosa.
(Sofía, con mucha suavidad quiere ir a su cuarto.)

GAS. Hazme el favor de quedarte. (A Sofía.)
Y tú, quédate también:
(A don Anselmo, que a su vez se dirige a su cuarto.)
y hablemos claro.

ANS. Muy bien:
no hay óbice por mi parte.
(Todos se sientan en dos grupos: don Anselmo y Sofía a la izquierda, los demás a la derecha.)

GAS. (A don Anselmo.)
Que no eres muy partidario,
observo con alborozo,
de ese antipático mozo
que hiciste tu secretario.
¿Acerté?
(Volviéndose a Julia para que le dé su opinión.)

JULIA Pienso que sí.

GAS. ¿Te parece? (Lo mismo a Juan.)

JUAN No hay cuestión.

ANS. Siempre tu penetración
ha sido digna de ti.

GAS. Antes lo pasabas todo:
tu amanuense fué tu amigo,

y así jugaban contigo...
pero señor, ¡de qué modo!
Con éste siempre ceñudo,
siempre implacable y severo,
y al descuido más ligero
le niegas hasta el saludo.
Luego arguyo con razón
diciendo que has comprendido
que éste es un sér pervertido
indigno de protección.
¿No es así? Tal me parece.
(Volviéndose a todos y contestándose a sí mismo.)
¿Digo bien? No digo mal.

ANS. Es que trato a cada cual
conforme a lo que merece.

GAS. Muy atinado y muy cierto.
En tu corazón, querido,
toda mi vida he leído...

ANS. Sí, como en un libro abierto.
(Con ironía: ya sabe que los libros abiertos para don Gaspar son como si estuviesen cerrados.)

GAS. Pues el prólogo hizo punto
en este punto, y ahora
penetro sin más demora
en el fondo del asunto.
¿Qué es Ramiro? Un tarambana.
Tú no le tienes apego;
pues bien, Anselmo, te ruego
que le despidas mañana.

ANS. ¿Y la razón? (Procurando contenerse.)

GAS. ¿No la dije?

JULIA ¡Personaje de tramoya!

GAS. ¡Para tu casa, una joya!

JUAN ¡Para secretario, un dije!

GAS. ¡Necio, bergante y truhán!

JUAN ¡Un tramposo y un perdido!

ANS. ¡Todo eso lo habrá aprendido
(Con ira reconcentrada y levantándose.)
cuando acompañaba a Juan!

GAS. De Juan no se trata aquí.

JUAN Ni yo de sufrido peco.

ANS. ¡Ni yo sufro que un muñeco
alce la voz ante mí!

GAS. Pues el muñeco, a mi ver,
ha crecido, y no me explico...

ANS. Como le encontré tan chico
(Conteniéndose. Con dulzura y tristeza.)

cuando murió tu mujer,
acostumbrarme no puedo
ni a dejar de reprenderle,
ni gran respeto á tenerle,
ni a tenerle mucho miedo,
(Se deja caer en el sillón.)

JULIA No hay para qué levantar
por nada esa polvareda.
Se trata de que usté acceda
a lo que exige Gaspar.
La cosa no es de cuantía,
pues hablando sin rebozo
bien se nota que ese mozo
no le inspira simpatía.

SOFÍA ¡No acceda usted!
(En voz baja y con tono suplicante.)

ANS. Yo te fío
que la petición no cuaja.
(Con desprecio.)

GAS. (A Sofía.)
¿Qué estás diciendo en voz baja?

SOFÍA Nada digo, padre mío.

GAS. ¿Qué decides? La noticia
venga pronto, a cualquier precio.

ANS. Que por un capricho necio
no cometo una injusticia.

GAS. No es capricho.

ANS. Lo parece.

GAS. Hay motivo y muy formal.
Si te empeñas, diré cuál.

ANS. Saberlo no me apetece.

GAS. Pues si no lo has sospechado,
torpe eres, por vida mía.
Oye bien: puso en Sofía
los ojos ese menguado.
¡Lo ignorabas!

ANS. Lo sospecho.

GAS. ¿Y bien?

ANS. Comprendo en rigor
que te opongas a ese amor,
y respeto tu derecho.

GAS. Pues ella, en su ceguedad,
yo sé que le corresponde.

SOFÍA ¡Padre del alma! ..

GAS. Responde.

ANS. Y responde la verdad.
La verdad es lo primero.

SOFÍA ¿Y si se enoja también?
ANS. Aunque se enoje.
SOFÍA Pues bien...
perdón, padre... yo le quiero.
GAS. ¡Ya está patente la trama!
(Volviéndose y levantándose. Todos se levantan.)
¿Y ahora le despides?
ANS. No.
GAS. ¿Pues no ves que me ofendió?
ANS. ¿En qué ofende quien bien ama?
GAS. (Con asombro a su hijo.)
¿Habla en serio?
JUAN (Aparte a su padre.) Está demente.
GAS. ¡Esto colma la medida!
ANS. ¡La medida en esta vida
se colma tan fácilmente!
GAS. Lo que busca ese tunante
(A cada insulto, don Anselmo se revuelve pugnando por contener su ira.)
es que le pongan a flote.
ANS. Posición, familia...
JUAN ¡Y dote!
ANS. Y yo, en cambio, busco aguante.
GAS. ¿Qué resuelves?
JUAN No te humilles,
ni le supliques ya más.
GAS. ¡Por última vez!
ANS. Jamás.
GAS. Anselmo, no te encastilles
por tu terca condición
en tamaño desatino.
ANS. Yo sigo siempre el camino
que me marca el corazón.
GAS. Bien está.
JULIA Lo que hemos dicho.
JUAN No hay otro acomodamiento.
En los claustros de un convento (A Sofía.)
te pasará ese capricho.
SOFÍA Puedo alejarme de aquí...
(Llorando.)
puedo privarme de verle...
pero dejar de quererle,
ya no depende de mí.
JULIA Con la oración y el ayuno
el espíritu descansa.
JUAN Miren la gatita mansa
cómo la educó ese tuno.

ANS. Hacer con ella podéis (Estallando.)
por su bien... ¡cuanto queráis!
¿la lleváis?... ¡pues la lleváis!
pero no la atormentéis. (Acariciándola.)
SOFÍA No tema usted, nadie alcanza
(Llorosa, abrazando a don Anselmo)
a matar lo verdadero:
si él me quiere y yo le quiero,
¡aun nos queda la esperanza!
JUAN Pero entre los dos, tu hermano.
¡Cálmese!
(A su padre que quiere ir a Sofía.)
¡Y al porvenir!
¡que yo le haré desistir
a ese mozo por mi mano!
(Agitando el brazo y con insultante ironía.)
ANS. ¿Es amenaza?
JUAN ¡Amenaza!
Con gente de su ralea
mejor medio no se emplea
ni se encuentra mejor traza.
ANS. Si a un hombre a quien yo concedo...
(Ya fuera de sí.)
bien o mal... mi protección,
os atrevéis sin razón...
¡no esperéis que me esté quedo!
Ni el mozo con su insolencia, (A Juan.)
ni tú con tu cara adusta (A don Gaspar.)
me imponéis, que no me asusta
nada, sino mi conciencia.
¡Y tengo muy avisado,
porque nadie se querelle,
que no sufro que atropelle
ninguno a este desdichado!
¡Tú insultarle, buena pieza! (A Juan.)
¡o tú, pantera de Java! (A don Gaspar.)
¡Donde el filósofo acaba,
el hombre de sangre empieza!
GAS. Me agrada encontrarte así.
¡Nos veremos!
JUAN ¡Nos veremos!
GAS. Por esta noche acabemos.
Vámonos. Tú, por allí.
(A su hija señalándola su cuarto.)
ANS. Adiós, pobre niña.
SOFÍA Adiós.
GAS. Vete a tu cuarto, Sofía.

(Sofía se va hacia su cuarto. Don Gaspar, Juan y Julia por la derecha, primer término.)
¡Que nos odiabas sabía!
(Desde la puerta a don Anselmo.)

ANS. ¡Sí... de veras... y a los dos!
JUAN Yo me marcho por ahí,
a tomar un rato el fresco... (A su padre.)
Y si rondando le pesco (Aparte.)
ha de acordarse de mí.
(Sale al jardín.)

ESCENA VII

DON ANSELMO y después RAMIRO. Ya casi de noche; durante esta escena anochece por completo

ANS. ¡Humillarle de esa suerte!
¡afrentarle de ese modo!...
yo puedo sufrirlo todo..,
¡pero no soy piedra inerte!
Y que a ese mísero ser,
que lleva la sangre mía,
sólo porque ama a Sofía
se le quiera escarnecer...
¡para eso no hay santidad
ni humana paciencia cabe!
¡mañana, mañana sabe
todo el mundo la verdad!
Y la mentira deshecha
y todo el mundo advertido,
al que le mire torcido
le pongo el alma derecha.
(Ramiro entra por el fondo.)
¿Quién es?... ¡Ramiro!
RAM. Yo soy.
ANS. ¿No viniste ayer?
RAM. Cumpliendo
sus órdenes. y aun no entiendo
que hago mal en venir hoy.
ANS. (Con aparente enojo.)
Declara que mi presencia
te molesta y te fatiga.
RAM. ¿Cómo quiere usted que diga
tal desatino, en conciencia?
ANS. Si no me puedes querer:
si soy adusto y severo:

siempre riño, siempre quiero
que cumplas con tu deber.
Y esto, voto a Belcebú,
no ha de ser muy divertido
para un mozo que ha vivido
a la manera que tú.
(Fingiendo cada vez más enojo.)

RAM. (Aparte.)
¡Cómo ruge y cómo ronca,
y qué modo de mirar!
Nada, que me quiere armar
el buen señor una bronca.
(Alto y con tono respetuoso.)
¡Yo no sé de qué manera
a su enojo dí motivo!

ANS. Es que si cien años vivo
no encuentro uno que me quiera.
¡Confiésame que prefieres
tu libertad a mi amparo!
¡Confiesa que soy muy raro!
¡Confiesa que no me quieres!

RAM. (Con emoción y carácter digno.)
Yo a estas cosas no rsspondo:
yo no soy un zalamero;
pero cuando quiero... quiero
y me lo guardo en el fondo.

ANS. Tiene mucha dignidad:
tiene mucho corazón:
y bien claro su emoción
dice, que dice verdad.
(Aparte, con alegría y observándole.)

RAM. (Con un arranque de grosera franqueza.)
Si su protección le pesa,
cántemelo usted de plano,
y echemos la última mano
con las cartas en la mesa.

ANS. (Fingiendo gran enojo.)
¿Dónde aprendiste ese estilo
que te deja orondo y ancho;
en una timba, de gancho,
o en un burdel, de pupilo?
(Ramiro hace un movimiento de ira, pero se contiene y dice con profunda emoción, casi con lágrimas.)

RAM. ¡Don Anselmo, va de dos
y resisto con trabajo:
don Anselmo, estoy muy bajo,
pero no tanto, por Dios! (Pequeña pausa.)

Usted, gracias a mi madre,
me protegió, lo concedo...
pero hay cosas, que no puedo
sufrirlas más que de un padre.
(Nueva pausa.)
Conque no tanto, no tanto...
me aplasta desde su altura...
(Se vuelve para secar algunas lágrimas.)

ANS. (Observándole a hurtadillas.)
¡Sabe llorar! ¡Qué ventura! (Aparte.)
¿Estás secándote el llanto? (Alto.)
(Asomándose por un lado entre gozoso y burlón.)

RAM. (Volviéndose con energía y secándose de prisa el llanto.)
¡Y lo ha podido pensar!
¡Qué cara de regocijo!
(Aparte con asombro.)
Nada, este señor, de fijo,
se goza en verme llorar...
(Pausa.)
De una vez: claro, ¿qué pasa?
que ya me tiene nervioso.

ANS. Tu pasado es lastimoso:
todos te odian en la casa.

RAM. ¡Todos, no! (Sin poder contenerse.)

ANS. (Con severidad.) Menos Sofía.

RAM. ¿Sabe usted?...

ANS. Ha confesado.

RAM. Desde que hemos empezado...
la verdad: me lo temía.
Y en todos la indignación
será...

ANS. (Con exaltación.)
¡No tienes ideal...
(Cambiando de tono y fingiendo aire severo.)
La que mereces que sea
por tu triste condición.

RAM. (Con exaltación creciente.)
¿Me la dió mi voluntad
esta condición acaso?
¿No tropecé a cada paso
con el hambre y la orfandad?
Sin ayer, sin porvenir,
sin nadie que nos acuda;
yo, niño; mi madre, viuda;
¡harto hicimos con vivir!
Y si a estas fechas no llevo

el corazón ya podrido,
tenga usted por entendido,
que a mi madre se lo debo.
(Con recuerdo de ternura.)
¡Y con su Ramiro, cómo
la pobre estaba de hueca!
¡Un corazón de manteca...
pero unas manos de plomo!
En la cárcel encerrado
estuve con otros chicos.

ANS. ¿Por qué?

RAM. Por hacer añicos
cuatro faroles del Prado.
Robé un pañuelo al salir
y a casa me lo llevé.
Mi victoria relaté,
y aun antes de concluir,
ya de mi madre el cabello
sobre mi rostro bullía,
y sus dos manos sentía
atenazándome el cuello.
Cerré los ojos y cuando
el sentido recobré,
en sus brazos me encontré
y ella ¡llorando, llorando!
«¿Te arrepientes?»—dice.—«Sí.»
«¡Dilo otra vez!»—y se obstina.
Y yo: «No llores, tontina,
que lo robé para ti.»
Al otro día mi madre
vendió su único tesoro:
un hermoso collar de oro
que le regaló mi padre.
Y de este modo hubo tela...
(Con triste ironía.)
y la palabra retiro
si no es muy culta.

ANS. ¡Ramiro!

RAM. Para mandarme a la escuela.
¿Sabe acaso don Gaspar,
cuando así me condenó,
lo que mi madre sufrió,
lo que tuve que luchar?
Nuestra vida fué un desangre
perpetuo en ruda pelea.
¿Pues qué quieren, que yo sea
un príncipe de la sangre?

ANS. Lo que ellos quieren no sé:
pero sé lo que yo quiero.
RAM. Pues venga, que no me altero:
claro: ¿me despide usté?
(Don Anselmo se queda mirándole entre risueño y compasivo.)
Si no es nada extraordinario:
lo exigen: la cosa es llana.
ANS. Pues lo exigen, y mañana
¡no serás mi secretario!
RAM. No lo seré; ya lo dijo. (Con tristeza.)
No lo seré.
ANS. No, señor.
Porque será algo mejor: (Aparte.)
mi propia sangre: mi hijo.
RAM. ¡Qué necio soy: yo creí (Aparte.)
que iba a darme otra respuesta!
Poco trabajo le cuesta
el desprenderse de mí.
Inclinaron la balanza.
(Alto, con triste resignación.)
ANS. Lograron tu despedida.
RAM. ¡Qué imposible es en la vida
(Con desesperación.)
realizar una esperanza!
ANS. Dicha que no tiene anhelo,
casi no tiene sabor:
por la cuesta del dolor
se va camino del cielo.
RAM. Es muy áspera y muy brava,
por más que usted la suavice;
y esa cuesta que usted dice,
para mí nunca se acaba;
¡y aunque acabe, necesito
para que alguien me reciba,
trepar en llegando arriba
por un muro de granito!
ANS. ¡Al torreón, por las escalas;
al muro, por las almenas;
cuando nos pinchan las penas,
es cuando abrimos las alas!
RAM. ¡La esperanza está muy lejos!
(Con desaliento.)
ANS. ¡Quien la busque, que batalle!
RAM. Usted me planta en la calle,
pero da buenos consejos.
ANS. Tú, callar y obedecer,

(Con una mezcla inexplicable de ironía, regocijo, malicia y enojo.)
que yo sé lo que me digo.
Y adelante, y por testigo
al tiempo. Y hasta más ver.

RAM. ¡Pero yo entendí!... ¡Parece
(Con nueva esperanza.)
que he de seguir en mi puesto!

ANS. ¡Eso, nunca!

RAM. ¿Pues qué es esto? (Con asombro.)

ANS. Esto es... lo que usted merece.
(Con fingido enojo.)
Perdió su colocación
para siempre.

RAM. ¡De manera!...

ANS. ¡Que si no me marcho fuera... (Alto.)
se desborda el corazón! (Aparte.)
(Sale por la izquierda.)

ESCENA VIII

RAMIRO. Es completamente de noche; sale la luna e ilumina la mitad de la escena, la puerta de Sofía y la calle central del jardín

No le entiendo. Yo creía
en su cariño... ¡qué niño!
Sólo me queda un cariño:
uno solo, ¡el de Sofía!

ESCENA IX

RAMIRO; después SOFIA

RAM. (Cautelosamente se acerca al cuarto de Sofía.)
Tiene luz, no tiene sueño.
Silencio, reposo y calma.
(Observando alrededor.)
Sofía... niña del alma...
(En voz baja, junto a la puerta.)
Sofía... mi dulce dueño...
(Dando unos golpecitos á la puerta.)
Despierta... no estés dormida,
mira que llama a tu puerta
quien no halló ninguna abierta
en todas las de la vida.

SOFÍA (Saliendo con precaución.)
¡Ramiro!
RAM. Ven.
SOFÍA ¡Tengo miedo!
¡Si tú supieses, Ramiro!...
RAM. Yo sólo sé que te miro,
y que al mirarte no puedo
ni sentir otro temor
ni entender más desventura
sino perder tu hermosura
o que me roben tu amor.
(La luna ilumina, como se ha dicho, parte del jardín, entra por el rompimiento del fondo y cae sobre el grupo de los dos.)
SOFÍA No es eso, que si eso fuera
yo temblando no estaría;
te dije que te quería,
y te querré hasta que muera.
RAM. Bien dicho, boca chiquita
y dulce como ninguna.
¡Hasta se alegra la luna
cuando te ve tan bonita!
¡Mira, mira qué curiosa!
¡Cómo rompe aquel celaje,
y con blancuras de encaje
baña tu cara de rosa!
SOFÍA ¡Tengo miedo!... ¡Cuánta luz!
RAM. De esos astros son derroches,
que son muy claras las noches
en este cielo andaluz.
Pero si la luz te asombra
o la claridad te ofende,
tu mano a mi mano prende
y vámonos a la sombra.
(Se pasan al otro lado donde no llega la claridad de la luna.)
¡Soy, mi bien, tan venturoso!
SOFÍA ¡Vas a ser tan desdichado
cuando yo te haya contado
lo que ocurre!
RAM. Caviloso
me van poniendo, Sofía,
los anuncios de esa historia,
que si yo repico a gloria,
tú das toque de agonía.
SOFÍA ¡Ay, Ramiro, qué aflicción!
¡Mi padre lo sabe todo!

RAM. ¡Y qué importa! De ese modo
ahorramos la relación.
SOFÍA ¡Y se opone!
RAM. Es natural,
eso siempre lo he creído.
El recuerda lo que he sido
y acaso me juzga mal.
O acaso acierta de lleno,
que si no fuera por ti,
yo conozco que hay en mí
más de malo que de bueno.
Si miro al mundo, la calma
se me convierte en tortura,
bebo sombras y negrura
y se me ennegrece el alma.
Pero si en ti se recrean
mis ojos buscando galas,
del corazón las dos alas
como la espuma blanquean.
SOFÍA Pero su enojo es tan fuerte
que dice que ha de alejarme
de ti; que quiere llevarme...
y que ¡adiós, hasta la muerte!
(Llorando.)
RAM. Pues mal hace; yo lo digo:
que aunque corregirme quiero,
cuando yo me desespero
¡me aconseja el *enemigo!*
Unido a ti, puedo ser...
lo que cualquiera sería;
pero si pierdo a Sofía
ya nada puedo perder;
y todo en mí se desquicia:
todo eso en que se recrea
don Anselmo, toda idea
de honradez y de justicia
se desvanece en el viento
como fuego de artificio;
me hace caricias el vicio,
la tentación vuelve, y siento
como si un negro crespón,
red de sombra y de tristeza,
me subiese a la cabeza
del fondo del corazón.
SOFÍA ¡No digas eso jamás!
RAM. ¡Si es lo que siento!
SOFÍA Ahora sí

que tengo miedo de ti
y temo no verte más.

RAM. Pues ven conmigo: la luz
del cielo sobre tu rostro.
(Pasan al claro de luna y él la contempla con amor.
Por ti yo todo lo arrostro:
llevaré alegre mi cruz:
les daré sin replicar
sangre, suspiros y llanto:
seré mártir, seré santo,
¡pero he de verte en mi altar!

SOFÍA Bien está, ya es otra cosa:
así tranquilo, sereno.
Si en el fondo eres muy bueno.

RAM. ¡Tú, muy buena y muy hermosa!

SOFÍA Pues don Anselmo juró
protegernos... (Movimiento de Ramiro.)
cuando seas..
lo mismo que tú deseas:
una persona de pro.
Cuando borres tu pasado
y labres tu porvenir:
en fin... vamos al decir...
¡cuando estés regenerado!
Y tan juicioso te vea
y tan diferente en todo...
él lo dijo de este modo...
que digno de mí te crea.
(Ramiro escucha con desconfianza y duda irónica.)

RAM. Eso mi esperanza trunca;
porque si lo dijo así,
y he de ser digno de ti,
es como decir que nunca.

SOFÍA ¡No es eso!

RAM. Linda ventaja
la que brindarme te escucho.
(Con enojo.)

SOFÍA Al pronto se pide mucho,
(Con terquedad y malicia.)
y luego siempre hay rebaja.

RAM. Promesas... promesas son.
Desengáñate, Sofía:
de esta amorosa porfía
nadie tiene compasión.

SOFÍA ¿Pues qué se hace?

RAM. Resistir.

SOFÍA ¿Pero a quién?

RAM. Pues a tu padre.
SOFÍA No digas eso.
RAM. A una madre
fuera distinto. Morir
vió cada cual a la suya,
como yo he visto a la mía,
y nunca te exigiría
que afligieses a la tuya.
La madre es el sér perfecto;
en el padre hay más desvío:
como no conocí al mío,
no sé lo que es ese afecto.
SOFÍA No estamos conformes, no.
Su cariño es muy profundo.
RAM. ¡Pues para ti en este mundo
lo primero he de ser yo!
¿Soy lo primero?
SOFÍA Desiste
de esa pregunta. (Algo mimosa.)
El primero
en su clase.
RAM. Yo te quiero
sobre todo cuanto existe.
Yo prescindo del honor.
Yo escrúpulos pulverizo,
yo lo imposible realizo
para conseguir tu amor.
¿El bien? Pues realizo el bien.
¿El mal? Pues realizo el mal.
Todo para mí es igual
como tú me digas: ven.
SOFÍA Es cariñosa y adusta
tu pasión, así pintada:
en cierto modo me agrada
y al mismo tiempo me asusta.
Te querré toda mi vida
sin llegar a tal extremo,
que en el amor, bien supremo,
el mal no tiene cabida.
RAM. ¡Puede ser! Y tu candor
a veces me hace pensar
si es que el bien a germinar
empieza en forma de amor,
como la única semilla
que entre zarzas y maleza
pudo romper la corteza
de esta miserable arcilla.

SOFÍA ¡Gracias a Dios! Ahora sí
que pensamos de igual suerte.
RAM. Pues mal rayo y mala muerte
al que te aparte de mí.
SOFÍA ¡Escucha!..! ¿No oyes un paso
así como cauteloso? (Escuchando.)
RAM. ¡En el jardín! (Escuchando.)
SOFÍA Es forzoso
que te deje.
RAM. En todo caso
nos volveremos a ver
mañana.
SOFÍA Como yo pueda...
RAM. ¡Suceda lo que suceda,
Sofía, me has de querer!
SOFÍA No dejaré de quererte
mientras viva. ¿Y tú?
RAM. Sofía,
¡yo, mucho más todavía!
¡Si es posible, aun en la muerte!
(Sofía entra en su cuarto.)

ESCENA X

RAMIRO y JUAN. Este entra poco a poco y le sorprende a Ramiro, cogiéndole por un brazo, junto a la puerta de Sofía

JUAN Al fin te cogí, Ramiro;
mi sospecha era fundada.
RAM. La mano muy descansada
por el pronto. (Rechazándole.)
Que si miro
por una parte quién eres
y me inclino a la prudencia,
tú sabes por experiencia
que a muy poco que te alteres
me va a dar un salto el alma,
y voy a alterarme más;
conque, me voy o te vas,
y acabe la noche en calma.
JUAN ¿Quieres perderme de vista?
Mal disimulas el miedo.
(Cogiéndole.)
RAM. Lengua corta y brazo quedo,
¡que soy algo camorrista!
JUAN Cuando hay mozos que preparen

tu valor y lo remojen,
y mozas que se acongojen
y amigos que te separen.

RAM. ¡Y cuando nadie me ve
más que el necio que me insulta!
¡Cuando la noche sepulta
para siempre al que maté!

JUAN ¡Estás de veras matón!

RAM. Estoy como siempre estuve.
Pero hasta aquí me contuve:
aprovecha la ocasión.
(Chascando los dedos para decir que se marche.)

JUAN ¿Para buscar compañía
(En voz baja e insultante.)
y para que alguno acuda,
gritas tanto?

RAM. ¡Quién lo duda!
Por miedo a tu valentía.

JUAN Pues oye lo que te digo,
pero bajito y callando.

RAM. Ya me tienes escuchando.

JUAN Vaya un consejo de amigo.
Vas a dejar tu acomodo
con don Anselmo, ¿comprendes?
Abres las alas y tiendes
el vuelo de cualquier modo,
que eso a mí me importa nada,
hacia donde más te agrade.
Con tal de que se traslade
muy lejos en la jornada
tu interesante persona,
y busques otro consocio,
queda resuelto el negocio
y mi padre te perdona.

RAM. Bien está por la sentencia
y bien por el pregonero.
Y mi delito es que quiero
a tu hermana.

JUAN Y tu insolencia
más que tu traición me hiere,
pues proclamándola va.

RAM. Entonces, ¿cómo será
decirte que ella me quiere?

JUAN Será el infamante sello
que nos marca y nos ultraja.

RAM. Y ahora lo digo en voz baja,
que mañana a voz en cuello.

JUAN Agudo puñal con filo
corta seguro y veloz
en la garganta la voz.
(Golpeando la navaja o puñal que lleva en el pecho.)

RAM. Eso me tiene tranquilo;
que aunque sientas los agravios
y te requeme el ultraje,
todo el fuego del coraje
se te marcha por los labios.
Que te falta corazón,
que riñes con catalejos,
y cortas siempre de lejos
y sólo con la intención.

JUAN Bravucón de las afueras,
para correr como un galgo,
¿quieres probar lo que valgo?

RAM. Probaré lo que tú quieras;
pero antes escucha un poco.
Quiero y codicio a Sofía
y tu hermana será mía
aunque des de necio en loco,
y aunque se oponga tu padre
y con él el mundo entero.
¡Por aquel beso postrero
(Besando los dedos en cruz.)
que al morir me dió mi madre!

JUAN ¿Conque te dió un beso?

RAM. (Haciendo ademán de sacar el puñal.)
¡Acaba!

JUAN Pues aunque viviese ahora
aquella buena señora,
ya más besos no te daba.

RAM. ¡Cobarde, gritas de más!
¡Viene gente!

JUAN Vamos fuera.
¡Al huerto... a la carretera...
al infierno!

RAM. Tú verás
que deprisa das en él.

JUAN En marcha y no te sofoques.
(Poniéndole la mano en un brazo.)

RAM. Vamos, pero no me toques
antes de tiempo la piel.
(Salen por el jardín; se les ve alejarse.)

ESCENA XI

DON ANSELMO y DON LEANDRO

ANS. Su voz te juro que oí
y además la voz de Juan.
LEAN. Soñaste, porque no están.
ANS. Tienes razón; yo creí
escuchar ruido confuso
de riña.
LEAN. Pues no fué cierto.
¡Si tú dormido o despierto,
fuiste siempre un pobre iluso!
ANS. ¡Todo en silencio y en calma!
¡Qué azul el cielo y qué hermoso!
¡Yo quisiera ese reposo
del espacio para el alma!
Pero eso no puede ser;
no hay quien lo pasado borre.
(Pausa.)
¿Qué sombra es esa que corre?
¿Qué es aquello?
LEAN. Voy a ver.
ANS. Observa... mira...
LEAN. Ya miro.
ANS. ¡Es un hombre!
LEAN. Así parece.
ANS. A esta parte se guarece.
RAM. ¡Ira del cielo!
(Entra corriendo y mirando atrás.)
ANS. ¡Ramiro!

ESCENA XII

DON ANSELMO, DON LEANDRO y RAMIRO

ANS. ¿De dónde vienes?
RAM. No es nada.
ANS. Algo será... tú corrías.
RAM. Qué sé yo... locuras mías.
ANS. ¡Tienes la voz alterada!
(Ramiro observa el jardín.)
LEAN. ¡Y mira al jardín! (A don Anselmo.)
RAM. No hay más
que lo dicho.

ANS. ¡Saber quiero (Imperiosamente.)
la verdad!
(Ramiro no cesa de volverse hacia el jardin.)
RAM. Que es traicionero (En voz baja.)
y puede venir detrás;
y como el arma perdí,
es bueno estar prevenido.
ANS. (Con supreme angustia.)
¿Reñisteis?
RAM. Hemos reñido.
LEAN. ¿Con Juan?
ANS. Responde.
RAM. Pues sí.
ANS. ¿Y qué?
RAM. Que al fin soy quien soy;
y nada... al primer encuentro,
es claro... me colé dentro...
yo siempre al cuerpo me voy.
¡Mi costumbre! Es un desaire
para quien no viste sayas,
estarse trazando rayas
con el cuchillo en el aire.
¡Y él a tierra!
ANS. ¡Desdichado!
(Con supremo horror.)
¿Muerto?... ¿Herido?
RAM. No lo creo;
fué la fuerza del voleo
que dió con él de costado.
Pero hay que estar muy alerta,
porque es bicho de intención,
y a la primera ocasión
se hace la gallina muerta.
El agarra bien la aguja:
no respira... el otro avanza...
y en creyendo que le alcanza...
¡hasta el mango!... ¡es un granuja!
ANS. ¡Infeliz!... ¡dónde has caído!
¡qué lodazal!
LEAN. ¡Qué lenguaje!
RAM. Es la fuerza del coraje.
ANS. ¡Huye... vete... estás perdido!
RAM. Si no es nada; juraría
que ya se puso de pié.
¿No lo dije?... (Señalando a la calle central.)
¿Usted le ve?
Viene pensando «¡Es la mía!»

ANS. No importa... por mi ventana
al campo... y luego no pares...
después por los olivares
al pueblo... y éste, mañana
(Señalando a don Leandro.)
te dirá lo que ocurrió.

RAM. ¡Si fué Juan!... ¡si es el culpable!

ANS. ¡Obedece, miserable!
(Empujándole con violencia.)

RAM. ¡Aún es más fiera que yo!
(Mirándole con cierto terror.—Sale por la izquierda.)

ESCENA XIII

DON ANSELMO, DON LEANDRO, después JUAN, a quien se le ve avanzar por la calle del centro, herido y vacilando, pero con su puñal en la mano

ANS. ¡Ya llega!

JUAN ¡Socorro, a mí!
(Gritando desde el jardín.)

ANS. ¡Mírale... viene espirante!

JUAN ¡Padre... mi padre... al instante!
(Entra haciendo esfuerzos por gritar; viene moribundo.)

ANS. ¡Juan!... ¡Dios del cielo!
(Sosteniéndole entre él y don Leandro.)

JUAN ¡Por ti!

ANS. Oye... si a ese desdichado... (A Juan.)
si a mi Ramiro denuncias...
si una palabra pronuncias (A don Leandro.)
de las que aquí has escuchado...
o si negáis la invención
que ahora forjo y me figuro...
con este hierro... lo juro...
¡me atravieso el corazón!

JUAN ¿Quieres salvarle?

ANS. ¡Eso quiero!
¡salvarle de cualquier modo!
¡honra, nombre, vida, todo!
¡te doy mi ser por entero!
¡No le pierdas!... ¡De rodillas
te lo pido!... ¡por tu madre!

JUAN ¿Por qué?

ANS. ¡Porque soy su padre!

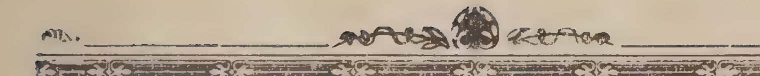
JUAN ¡Su padre!... ¡Pues maravillas
hiciste en él por la traza!

ESCENA XIV

DON ANSELMO, JUAN, DON LEANDRO, DON GASPAR y SOFIA

GAS. ¡Juan!... ¡hijo mío! (Corriendo a él.)
ANS. ¡Perdón!
SOFÍA ¡Hermano!
ANS. ¡Por compasión!
JUAN (A don Anselmo.)
¡Maldito... y toda tu raza!
(Hace el último esfuerzo y cae muerto.)
GAS. ¡Qué es esto... no... tú morir!
ANS. (Aparte a don Leandro.)
¡Tú, silencio!
GAS. ¡Hijo querido!
¿Quién ha sido?
SOFÍA ¿Quién ha sido?
ANS. El no lo puede decir,
aunque claro lo indicó
con su postrera amenaza,
¡me maldijo y a mi raza!
GAS. ¡Sí... lo recuerdo!... ¡Tú!
ANS. ¡Yo!
¡Le reprendo y él me afrenta!
Le pego... ¡blande el puñal!
Luchamos... ¡lucha fatal!
la hoja empujo... ¡está sangrienta!
GAS. ¡La impunidad no te halague!
¡ya la muerte te acaricia!
ANS. ¡No la rechazo: es justicia!
¡Quien tal hizo... que tal pague!

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ENTREACTO (1)

La decoración del acto primero. Los balcones cerrados. Son las primeras horas de la mañana

ESCENA PRIMERA

DON ANSELMO, DON LEANDRO y RAMIRO, como si viniesen de camino, un CRIADO entra delante de ellos

CRIADO — Perdone usted, don Anselmo... Como nada sabíamos... como nadie nos avisó... claro está, nos coge usted por sorpresa. (Se adelanta y abre el balcón.)

ANS. — ¿Vino alguien a buscarme?

CRIADO — No, señor. ¿Quién ha de venir? Es muy temprano.

ANS. — Basta. El que ha de venir ya vendrá. Retírese usted.

CRIADO — Sí, señor.

ESCENA II

DON ANSELMO, DON LEANDRO y RAMIRO. Don Anselmo se asoma al balcón y observa con ansia la calle. Don Leandro se deja caer en un sillón. Ramiro, en pie, queriendo decir algo y sin atreverse

LEAN. — ¡Válgame Dios, qué viaje!... ¡qué conflicto!... ¡y qué desgracia!... (Aparte.)

RAM. — ¿Don Anselmo... me permite usted... y us-

(1) Este «entreacto» tiene por único objeto desvanecer varias dudas de la crítica. Puede representarse o no representarse: a gusto de las empresas.

ted perdone... una pregunta? Nada más que una pregunta.

ANS. (Volviéndose.) Pregunta lo que quieras.

RAM. Pues a decir la verdad, estoy aturdido. Ni sé lo que me pasa, ni lo que nos pasa a todos; porque a todos nos pasa algo: tan fijo como esa luz.

LEAN. Ya lo sabrás, pobre Ramiro: ya lo sabrás. (Aparte.)

RAM. Vamos a ver, don Anselmo: pongamos las ideas en orden. Y empecemos por el principio. Usted me despidió: no me quejo: acaso lo he merecido. Ello es que usted me dijo, airado como nunca, y con un entrecejo tempestuoso, que daba espanto: «Ramiro, vete: perdiste tu colocación: desde mañana no serás mi secretario.» No lo seré: conforme: está usted en su derecho: claro, este es mi sino, no hablemos más del asunto. Después me encontré con Juan: y él, provocativo, y yo con la sangre que Dios quiso darme... nos enredamos de palabras y al fin reñimos. Hasta aquí todo me parece claro y natural. Dos hombres son dos hombres; yo no he perdido mis mañas, y él adquirió las que no debía tener; y nos encontramos, que fué encontrarse la yesca con el fuego. Bueno: al jardín nos fuimos, y al primer envite dí con él en tierra. A tierra, sí; pero fué la violencia del encontronazo; que yo estoy seguro que no le herí... y si no le herí... no le maté... ¿Verdad, que no? (Con ansiedad.)

ANS. No: yo te lo aseguro; créeme. No, Ramiro; no has sido tú. Si tú hubieses sido, ¿por qué había de ocultártelo? ¿Qué eres tú para mí?

RAM. Nada; ya lo sé. (Con tristeza.)

ANS. Pues entonces, ¿por qué dudas?

RAM. Ya no dudo; cuando usted lo dice, claro que es así. (Con alegría.) Toma, ¡si yo lo sabía! Cuando veníamos en el tren, al romper el alba, y en cuanto se colaron en el coche sus primeros rayos, me miré con mucha precaución las manos y la ropa. Y nada, nada ni una gota de sangre.

ANS. ¡No, sangre, no; no es posible! (Con ansiedad y observándole.)

RAM. ¡Cá!, limpio como un corderillo... que esté muy limpio. ¡Y qué tontería!...(Riendo.) ¿Pues no le ví yo, después de la brega, venir a paso de lobo por la calle del centro? Vamos, que con todos estos escrúpulos me va dando vergüenza de mí mismo.

ANS. Acaba.

RAM. Pues adelante. Usted me empujó hacia su cuarto, ¡con unos ademanes y unos modos!... y yo, aunque no soy muy dócil, ni muy sufrido, obedecí maquinalmente. ¡Nada, que se me ha impuesto usted! «Me ha mandado que *salte*», me dije a mí mismo: y miré hacia fuera y a nadie ví, y salté por la ventana. «Me ha mandado que corra», continuó repitiendo mi individuo a mi propia persona: y me dí a correr como no recuerdo haber corrido jamás. ¡Ea, un mandria! Ví mi sombra a la luz de la luna pasar por los claros del olivar, y créame usted, no me figuré que era una liebre porque era muy grande: pero lo que es un corzo bien podía serlo. Y no era miedo: era que usted me había dicho, «¡a correr!» y corría.

ANS. (Dejándose caer en un sillón.) ¡Desdichado!

RAM. Sí, señor, muy desdichado; pero no es culpa de un hombre, si todo se le pone de malas.

LEAN. No más, Ramiro.

RAM. Corriente: no hablemos de mis desdichas, pero hablemos de nuestro viaje. Y el diablo cargue conmigo, señor don Anselmo, si entiendo una palabra de toda esta trifulca. Tan aprisa iba, que pronto se acabó el camino. Llego al pueblo, me meto en casa y no habían pasado dos horas y no había podido yo coger el sueño, aunque siempre me coge él a mí antes de que yo le coja a él, cuando ya estaban ustedes aporreando mi puerta. Bajo, me trincan, me llevan a la estación, pasa el tren ascendente, a él subimos, arranca la máquina y a Madrid a todo vapor. Por más que preguntaba, ustedes como muertos. «Silencio, silencio y obedece.» Y yo, *mutis*. Pero si no dije palabra, pensé mucho, todo el camino vino mi cabeza con más hervidero que el de la máquina del exprés. «Señor, ¿qué es esto? ¿Es que

entre los dos me llevan a la cárcel para entregarme al juez y amarrarme al palo?»

ANS. ¡Calla... no... no digas eso, Ramiro!

RAM. ¿Verdad que no? ¿Que usted no es capaz?... (*Con ternura y tristeza.*) Una cosa es reñirme, y aun enviarme noramala, y otra cosa es perderme. Además, ¿yo qué hice? Unas palabras con Juan, no es motivo...

ANS. (*Aparte a don Leandro.*) ¡No puedo más, Leandro; no puedo más! (*En alta voz.*) Acaba.

RAM. Pues al romper el día les miré a hurtadillas, y con lo pálido de la primera luz estaban ustedes amarillos, como muertos, y lúgubres como condenados. Tanto, que yo pensé: «nada, matóme Juan sin yo notarlo, y al infierno me llevan estos en tren exprés y en departamento de primera, que sin duda no merezco menos por mis buenas obras.» ¿Eh, acertó Ramiro? (*Procurando reir.*) Yo bromeo, pero otra me queda dentro. Conque don Anselmo, explíqueme este enredo y sáqueme, por las ánimas que yo no saqué, de este laberinto de confusiones.

ANS. Sí; lo sabrás todo y muy en breve: no hay tiempo que perder. Pero aguarda unos instantes: debo hablar con Leandro. Retírate, y dentro de diez minutos me verás por última vez.

RAM. ¿Por última vez?... ¿Es decir, que sigue usted enojado?

ANS. ¡Ramiro!.. (*Conteniéndose.*) ¡Obedece: la desobediencia es maldita de Dios! Aguarda a que te llame.

RAM. Bien está. (*Retirándose.*) ¿Dice usted que diez minutos?

ANS. No más.

RAM. Corriente... ya me voy... sí, señor. No dirá usted, cuando me pierda de vista, que no fuí dócil en mis postrimerías. (*Retirándose. Aparte.*) ¡Válgame Dios, qué hombre!... Unas veces creo que me odia, otras veces... vamos, parece que le soy simpático. ¿Quién le entiende? (*Sale por la derecha.*)

ESCENA III

DON ANSELMO y DON LEANDRO

LEAN. Gracias a Dios que puedo hablarte a solas: Anselmo, ¿qué intentas?

ANS. ¿Pues no lo sabes? Lo que dije ante aquel cuerpo sangriento, eso sostendré ante mis jueces, ante el mundo entero.

LEAN. ¿Que tú fuiste el asesino de Juan?

ANS. Si yo lo soy, ¿porqué no he de decirlo? Lo soy, no me repliques, no pretendas convencerme. Yo le di muerte, esto es claro como la luz del sol. (Se pasea con gran agitación.)

LEAN. Lo único que yo veo claro, es que has perdido el juicio.

ANS. ¿Porque quiero salvar a ese desdichado? Entonces no está en su juicio ningún padre.

LEAN. Es que todo tiene sus límites, y la verdad tiene sus fueros, y el asesino es aquél.

ANS. (Corriendo hacia don Leandro y tapándole la boca.) ¡Calla, calla! No es cierto; el insensato lo eres tú; tú el calumniador, y yo el criminal. No mata el hierro que se clava en el pecho, sino el brazo que lo empuja. No mata el brazo, que sólo es servil ejecutor de la voluntad que se lo ordena. No mata la voluntad cuando la voluntad no existe, sino la atmósfera que envuelve, la costumbre que arrastra, el ejemplo que incita, la fatalidad que se impone. ¿Y quién abandonó a Ramiro en esa atmósfera, quién le entregó al mal ejemplo, quién le arrojó a los impulsos fatales del instinto brutal? Yo: pues yo soy el asesino. ¿Le recogí? ¿le eduqué? ¿fuí un padre para mi Ramiro? ¡Ay! ¡Es preciso ver las cosas como son, hay que subir hasta la fuente! Yo arrojé al niño al mar de la vida, sus olas le precipitaron contra un hombre, al chocar destruyó una existencia; pues yo soy el responsable, yo solicité aquella voluntad, empujé aquel brazo, clavé aquel hierro y di muerte a Juan; niégame esto y diré que eres un imbécil!

LEAN. Exageraciones, delirios, argucias. Las personas sensatas no discurren así.

ANS. Tanto peor para las personas sensatas. Si el ser sensato es ser egoista y cobarde, desprecio a los sensatos y todavía no me desprecio a mí.

LEAN. ¡Ah! ¡Qué Anselmo de mis pecados! ¡Qué hombre!

ANS. No digas ¡qué hombre! Di en todo caso ¡qué padre! Tampoco; di más bien *un padre* a quien le muerde la conciencia y a quien le rebosa el corazón. ¡Yo te digo que no consiento que acuse a mi Ramiro un fiscal, ni que le sentencie un juez: que no quiero que la justicia humana, con la sequedad y la torpeza que son inevitables, cuando para juzgar se mira un código y no se ve un alma, aplaste para siempre a mi Ramiro; que no sufro, que *allá* me lo arrojen ocho, diez, doce años, una vida entera, una eternidad, entre malhechores, entre malvados, ¡a ese lodazal que se llama presidio! Hoy es un hombre: ¿cómo me lo devolverían? ¡Sólo al pensarlo siento como si corriesen por todas mis venas cristales de hielo, y como si pellizcasen mis carnes pinzas enrojecidas de metal!

LEAN. Vamos, Anselmo, pobre amigo, un poco de calma.

ANS. Pero, Leandro, responde: si mi Ramiro sufre una condena, ¿qué será de él?

LEAN. Lo que tú dices: con su carácter, con su perversa educación, con sus pasiones... ¡hombre a fondo!

ANS. ¡Ah, lo confiesas!

LEAN. Pero si la condena la sufres tú por él, ¿qué será de tí? ¡Qué vergüenza! ¡Qué tormento!

ANS. ¡Vergüenza! ¡Tormento! Apariencias sociales, mentiras humanas. Manchas hay que brillan más en la frente, que corona de monarca. Cumpla yo mi deber, y yo seré el juez, y todos los demás serán ante mí los desdichados y los culpables. Salvo a mi Ramiro: a tu cuidado lo encomiendo: se regenera: se une a Sofía, es honrado, es feliz. Pues no me compadezcas: envídiame. Vengan dolores, vergüenza, escarnios, hiel y vi-

nagre; que todas esas amarguras yo las recogeré en mi corazón y serán mieles y dulzores para mi Ramiro.

LEAN. Eso es hablar entre las nubes; eso no lo comprende nadie.

ANS. ¿Pues para qué guardan entonces su entendimiento?

LEAN. ¡Ay de ti cuando toques la realidad!

ANS. ¿Punza y desgarra?

LEAN. Horriblemente.

ANS. Pues que me punce y me desgarre a mí, no a él. Le salvaría a costa de un crimen. Mira tú si le salvaré a costa de un sacrificio. ¡Mi Ramiro, mi pobre Ramiro en repugnante prisión, cargado de hierros, entre séres abyectos, degradándose su alma poco a poco, engranando su conciencia con otras conciencias negras y podridas! ¡No, eso no! ¡El, que tanto me quiere! ¡Porque me quiere mucho! ¿No lo oíste? ¡Qué cosas me dijo! «Usted no me entregaría a los jueces, aunque yo hubiese hecho algo malo; despedirme... bueno; pero perderme... no, ¿verdad que no?» ¡Mira, sentí como si todas mis entrañas se deshiciesen en lágrimas y en ternura! (Cae sobre la mesa profundamente conmovido y oculta el rostro entre las manos.)

LEAN. ¡Silencio! Puede oirte.

ANS. Es verdad. Tendré calma. Vamos, ya pasó. (Secándose los ojos.) El tiempo apremia. Hemos ganado algunas horas: mientras el juez acude allá, mientras instruye las primeras diligencias y toma declaraciones a uno y a otro y me sigue la pista y avisa a Madrid... yo aprovecho estas dilaciones y redondeo mi plan. ¡Eh! (Mirando por la ventana.) Mira... aquellos hombres vigilan esta casa... ¿no te parece?

LEAN. ¡Qué sé yo? (Mirando también.) Puede ser. ¡Ay, Anselmo, Anselmo!

ANS. Concluyamos. (Acercándose a una mesa, abriéndola y buscando algo en un cajoncillo secreto.)

LEAN. ¡Qué buscas?

ANS. Algo importante. ¡Sí, aquí está! (Cogiendo una carta, la del primer acto. Acercándose a don Leandro.) Es la carta de Dolores. El juez vendrá, se apoderará de mis papeles, y, si encuentra éste, Ramiro no tiene salvación. ¡Ah, los sa-

buesos! Yo los haré perder la pista. Toma, guárdala: es un depósito sagrado. Puedo destruirla; pero no, ¿quién sabe? ¿Quién puede leer en lo futuro? No sucederá: ahora menos que nunca; pero déjame esta esperanza. Guárdala, Leandro, guárdala.

LEAN. (Guardando la carta.) ¡Que todo lo que me pides fuera como esto!

ANS. Gracias, Leandro. (Abrazándole.) Ahora ya estoy tranquilo.

LEAN. Pues hablemos con mucha calma y mucha tranquilidad.

ANS. Cuanto quieras; ya sólo me resta una cosa: esperar a que vengan a buscarme.

LEAN. Te has encariñado con esa idea fantástica y no comprendes que es imposible.

ANS. ¿Por qué, pobre Léandro?

LEAN. ¿Quién ha de creer que diste muerte a Juan? ¡Un desafío entre el joven flamenco de veinticuatro años y el filósofo de cuarenta y ocho! ¡Y a puñal, a la luz de la luna! ¡Vamos, que no hay paciencia para oir tales desatinos!

ANS. Pero ¿quién ha dicho tales desatinos? Porque, en efecto, no hay paciencia para oirlos.

LEAN. Sí, ya lo sé, ya te oí: una disputa, un golpe, una amenaza: él con el hierro desnudo, tú pugnando por quitárselo... y después una casualidad, una desgracia. Cualquier cosa: ni aun eso lo cree nadie.

ANS. ¿Nadie? ¡Todo el mundo! ¿No lo creyó Gaspar? Pues tú verás cómo lo cree Ramiro. Y, sobre todo, el fiscal de la causa, que es lo que importa. Ya nos gozaremos en el castillejo de terribles acusaciones que levante contra mí. ¡Si me parece que le oigo! ¡Sí, ya me toma por su cuenta! Mi juventud borrascosa, mi carácter indómito, mis esfuerzos inútiles para templarlo, mi antigua rivalidad con Gaspar, que, según el representante de la ley, siempre bramó sorda en el fondo de mi pecho. Y esto lo confirmará Gaspar mismo, y Julia, y cuantos nos conocen. Se demostrará hasta la evidencia, con asentimiento de todo el mundo, que yo odiaba a Juan porque creía ver en él la reproducción de su padre, allá en los tiempos en que nos

disputábamos el amor de Petra. Esto lo ha creído siempre Gaspar, y tú mismo me lo dijiste un día como dudándolo.

LEAN. ¡Calla, por la Virgen Santísima!

ANS. Si yo fuese mi propio acusador, ¡qué cosas diría contra mí! ¡Cómo pintaría mi supuesta lucha con Juan; mis pasiones y mis odios despertando ante la imagen viva y juvenil del que me arrebató el cariño de la mujer a quien adoraba: la primera intención, la de parar el golpe del mozo, convirtiéndose en ansia loca de devolverlo! ¡Cómo clamaría al fin de algún soberbio período: «Sí, en aquel momento ese desdichado no creía matar al hijo, creía matar al padre.»

LEAN. No hay quien te escuche con calma.

ANS. Lo que no hay es quien me conteste. Pues poco antes de la muerte del pobre Juan, ¿no reñí con él y con su padre? ¿No estuvimos a punto de venir a las manos? ¿No les dije que les odiaba y ellos me creyeron? ¿No me anunció veces mil Gaspar que iba a tener un disgusto con su hijo? ¡Pues olvidar todos estos antecedentes, que dan verosimilitud a mi fábula, es ser olvidadizo de veras. Para no dar a todo este armazón la fuerza lógica que tiene, es preciso ser muy necio o conocar la urdimbre, y sólo tú la conoces. Cuando se conoce la verdad, todo lo que no sea ella, parece inverosímil; pero cuando se ignora, todo desatino parece punto menos que evidencia.

LEAN. Esas serán conjeturas; pero, ¿y las pruebas?

ANS. ¿Pues no me encontró la familia junto al cadáver de Juan? ¿Pues no confesé yo y confesaré cien veces? ¿Pues el moribundo no me acusó ante su padre, ante Sofía, ante todos? La víctima acusa: el criminal confiesa. ¡Qué más pruebas!

LEAN. ¿Qué, Juan te acusó?

ANS. ¡Ah, mi buen Leandro, tú vives en Babia! ¿No lo recuerdas? ¡Qué pobre crítico hubieses hecho y qué fiscal tan inocentón!

LEAN. No sé lo que quieres decir.

ANS. ¿Las últimas palabras de Juan no fueron para maldecirme y a toda mi raza? ¿Si otro fué su matador, ¿por qué maldecirme a mí?

LEAN. Porque le dijiste que Ramiro era tu hijo.

ANS. Pero eso no lo saben ellos: ¡ni lo sabrá el juez, ni lo sabrá el fiscal, ni nadie! ¡Ah! Todo lo tengo bien pensado: la lógica es lógica y se impone, al menos a los seres racionales.

LEAN. ¡Ah, qué hombre! Parece que todo esto te regocija: lo dices fríamente, mides y pesas por quilates la máquina de tu locura, como el que se prepara a representar una farsa y calcula los aplausos.

ANS. Sí, con mimo, con cariño, con regocijo, porque veo con evidencia que voy a salvarle. ¡Engañar a todos, vencerles, imponer mi voluntad, arrancar de las zarpas sociales a esa criatura! En el fondo de esta lucha hay un placer acre, doloroso, pero sublime. Sí, todos los pormenores los estudio como el más refinado jugador de manos. El criminal prepara su crimen, yo preparo mi sacrificio. ¿Y he de ser más torpe que el ladrón o el asesino vulgar? Mira, en todo pienso; me salpiqué de sangre: mira, recogí los dos puñales, y... (Mirando a todas partes y en voz baja.)

LEAN. ¿Y que?

ANS. Que nadie los encontrará. ¡Yo convicto, yo confeso, todo contra mí! Y aquél, contigo, regenerado y feliz. Lo he dicho: será: venceré: que me prueben lo contrario.

LEAN. Me confundes y me aturdes.

ANS. ¡Vamos, ya no te parece tan imposible ni tan absurdo mi plan!

LEAN. Pues con todo eso que dices, es imposible y es absurdo. Nadie acepta tu fábula.

ANS. Por Dios, que eres testarudo: siempre vuelves al principio. ¿No han de creerme, cuando yo me acuso, yo mismo? ¿Pues estoy loco? ¿He mostrado jamás instinto suicida? ¿Puede adivinar nadie mi sacrificio? Sólo en una de estas tres hipótesis podrían dudar de mi palabra. Y yo domostraré que estoy en la plenitud de mi razón: hablaré con calma, discurriré con lógica severa, mejor que todos ellos, haré alarde de mi ciencia y de mis medios intelectuales: ¡ah! nosotros a quienes llaman sabios, somos muy vanidosos. De suerte que el caso de locura es inadmisible. (Con tono burlón y sombrío de triunfo.) Y que

un hombre como yo no busca medios indirectos de suicidarse, ya lo demostraré también. Ya verás cómo me defiendo: cómo doy a entender que tengo apego a la vida y a la libertad, cómo acudo a todos los recursos imaginables para salvarme: confesaré que di muerte a Juan, pero por caso fortuito; ni siquiera imprudencia temeraria: defensa legítima. Sólo que el fiscal, dados mis antecedentes, no me creerá, y verá en mí el asesino de intención, con circunstancias agravantes. Desengáñate, tampoco es admirable la hipótesis del suicidio: lo tengo todo bien pensado, y até bien todos los cabos de esta red en que a mí propio me he cogido. (Exaltándose más.)

LEAN. Pero, en cambio, es admisible la hipótesis de que por alguien te sacrificas.

ANS. ¿Sacrificarme? ¿Por quién? ¿Sabe nadie que riñó Ramiro con Juan? Y dado que lo supiesen, ¿a quién se le ocurre que yo, (Con triste ironía.) por un extraño, por uno de tantos escribientes como he tenido, por el que en la apariencia menos simpatías me ha inspirado, por un joven a quien acababa de despedir de mi servicio; a quién se le ocurre, repito, que por él iba yo a dar mi posición, mi libertad, mi honra, mi vida acaso? ¡Esto sí que es insensato, absurdo, ridículo! Al que discurra así, bien le cabrá el cerebro en la cáscara de un cañamón por cráneo. (Con soberano desprecio.)

LEAN. Supongamos que todo eso es verdad: de nada te sirve, porque cuentas sin mí, que lo sé todo...

ANS. ¡Contigo, que nada sabes, que nada has visto, que acudiste como Gaspar y Sofía a los gritos de Juan! ¿Comprendes? (Con violencia extrema.) Contigo cuento, sí: como se cuenta con el compañero de la niñez, con el hermano, con el sér de alma noble, que sabe que yo, al sacrificarme, cumplo con un deber sagrado, pago una deuda, y salvo a mi gijo, y me salvo a mí mismo de la desesperación. (Acento insinuante y cariñoso.)

LEAN. ¡Anselmo!

ANS. Si le denuncias, nos pierdes a los dos; si ca-

llas, a los dos nos salvas. Escoge. (Cambiando de tono.) Pero si por ti condenan a mi Ramiro... ¡maldita sea la amistad de nuestra vida! ¡Maldito yo por todo lo que hice por ti; por la confianza que en ti tuve, por el estúpido cariño que te profesé! ¡Maldito tú, incapaz de comprender nada grande! ¡Maldito tú, traidor y desleal y Judas!... (Amenazándole con furor: don Leandro muestra miedo y angustia ante la ira de don Anselmo.)

LEAN. ¡Anselmo, por Dios!... ¡Por Dios, no digas eso!...

ANS. ¡Habla! ¡Habla! ¡y verás lo que es de mi Ramiro y lo que es de tu Anselmo!

LEAN. Pero aunque yo ceda. . aunque yo te obedezca... (Ya dominado.) aunque convenzas a todos, ¿cómo podrás convencer a Ramiro?

ANS. Eso corre de mi cuenta: por el pronto tú eres mío, ¿verdad? (Abrazándole.)

LEAN. Yo soy un necio y un cobarde que jamás tuvo voluntad.

ANS. Tú eres el hombre más bueno que conozco: tú mi hermano, mi salvador. Gracias, Leandro. Ahora él. (Acercándose a la derecha y abriendo la puerta.) ¡Ramiro!... El tiempo apura. (Se asoma al fondo con ansiedad.) No; todavía no vienen. (Vuelve a la derecha.) ¡Ramiro!... ¡Ramiro!...

ESCENA IV

DON ANSELMO, DON LEANDRO y RAMIRO

RAM. Don Anselmo...

ANS. ¿Deseabas saber la verdad? Vas a saberla.

RAM. Gracias a Dios. Vamos a lo importante, a lo que me tiene inquieto. Ya me ha dicho usted que no... pero quisiera oirlo otra vez. ¿Juan no está herido? ¿Eh? ¡Esta es la cuestión!

ANS. Las cosas sucedieron como tú nos dijiste. Cayó del golpe: nada más. Después... tú le viste. . venía a buscarte como tú sospechabas.

RAM. ¡No se lo dije yo! ¡Vaya, se me ha quitado un peso! Tenía miedo... no por mí... sino por Sofía. ¡Sangre de Juan en mis manos...

nuestro amor imposible!... Prefiero la muerte; de veras: no son palabras, usted no me conoce bien. Yo me parto el corazón en menos tiempo que lo digo.

ANS. Pues regocíjate y adelante: a otra: puedes seguir con tus costumbres infames.

RAM. ¡Don Anselmo!... Esta vez tiene usted razón; pero yo le juro a usted que he de enmendarme. ¡Palabra! ¡y choque usted! (Tendiéndole la mano.)

ANS. ¿Contigo? (Le va a tender la mano; pero la retira.)

RAM. ¿Qué? ¿le da a usted vergüenza? Pues otras veces...

ANS. No, no puede ser. Otras veces, sí; hoy, no.

RAM. ¡Don Anselmo! Mi mano...

ANS. Está limpia de sangre todavía: no por méritos tuyos, sino por pura casualidad: lo sé. No es mano de asesino: no está manchada.

RAM. ¿Entonces?

ANS. La mía lo está: no debes tocarla con la tuya: soy hombre de conciencia.

RAM. ¡La de usted! ¡Por Dios santo que no lo entiendo! ¿Es que se burla usted de mí? (Con estupor.)

LEAN. ¡Piensa lo que vas a decirle! (Alto a don Anselmo.)

ANS. La verdad.

RAM. ¡Nada, nada.... ¡Que es una broma! ¡Pero está usted pálido como un difunto! (Cogiéndole la mano.)

ANS. ¡Ramiro! (Queriendo retirarla.)

RAM. ¡Esté como esté, no la suelto! ¡Helada!.,. ¡Como el frío de la muerte!... ¡Como la de mi madre cuando le dí el último beso!

ANS. ¡Oye! Cuando huías...

RAM. ¡Poco a poco: yo no he huído nunca! Usted me empujó... ¡y allá va Ramiro!

ANS. Sí: yo te arrojé de aquella casa... convenido.

RAM Es que las cosas son como son. Y si supiesen los compañeros, que yo huí de Juan...

ANS. ¡Basta! ¡Siempre esos alardes de matón y de bravo! ¡Ah... miserable! ¡Acaso tu fiebre se comunicó a mi brazo! ¡Acaso eres tú la causa de mi crimen!

RAM. ¿De su crimen de usted? (Con asombro.) ¿Ha dicho de su crimen? (A don Leandro.)

LEAN. ¡Anselmo!...

ANS. Déjame... (*En voz baja.*) Déjame fingir: tú verás si me cree.

RAM. ¿Pero qué está usted diciendo? ¡Es que nos hemos vuelto locos!...

ANS. Escucha hasta el fin... Asómbrate cuanto quieras; pero silencio. ¡Calla, calla... tú que trajiste la maldición a mi casa y el infame contagio de tu sangre! (*Cae sobre la mesa.*)

RAM. ¡Virgen Santísima, qué cosas dice! (*En voz baja a don Leandro.*) ¿Perdió el juicio?

LEAN. Acaso.

ANS. ¡Dios mío, Dios mío, esto es superior a mis fuerzas! (*A don Leandro en voz baja.*) ¡Insultos en mis labios, cuando están hirviendo en mi boca los besos!... ¡Maldiciones, cuando le bendigo con toda mi alma!... Sin embargo, es preciso... ¡es preciso que no sospeche mi ternura! Adelante, adelante con mi horrible comedia.

LEAN. ¡Ya ves lo que has hecho! (*A Ramiro, que los contempla con asombro.*)

RAM. ¿Pero yo qué hice?... ¿Qué es esto?... Don Anselmo... Qué mirada... ¿Qué hay en esa mirada?

ANS. Escucha lo que te digo. Tú eres mi ruina y mi desesperación. ¿Sabes tú lo que es la desesperación? Haber sido lo que fuí... ¡y ser lo que soy!... ¡y lo que seré muy pronto, cuando vengan esos hombres!

RAM. ¡Válgame mi madre, que ha sucedido lo que dije: perdió la luz natural este buen señor!

ANS. Sí; la perdí. Cuando un ser como tú, un hombre corrompido, hace lo que yo hice pocas horas ha... nada; ¿qué importa? un eslabón más a su cadena: otro trofeo más de sus hazañas. Pero cuando un hombre como yo, por ceguedad, por desgracia, porque el infierno lo dispone, mancha sus manos... ¡Ah, Ramiro, Ramiro! (*Aparte.*) ¡Ay, Leandro, Leandro! ¿me creerá? (*Con angustia.*) ¡Atiende: huíste... sí, huiste.. porque vosotros los bravucones algunas veces tenéis miedo y huís.

RAM. Bueno, como usted quiera.. ¿y qué más?

ANS. Que Juan se encontró conmigo. Venía... como tú: los dos iguales.

RAM. ¿Y qué?
ANS. Que yo le traté como a tí; aún peor, porque estaba muy excitado.
RAM. ¿Y qué?
ANS. Le conocí desde chico: le miraba como si fuese hijo mío, y le trataba muchas veces con dureza, con excesiva dureza.
RAM. Ya lo sé; no es usted blando.
ANS. Hice mal, muy mal; porque al fin yo no era su padre... Pero, ¿qué quieres? la costumbre. ¿Qué ruido es ese? (Yendo al fondo.) ¿Vienen ya?
RAM. ¿Pero quién?
LEAN. (Acercándose también al fondo.) No, Anselmo, no! ¡Dios mío! ¡Dios mío!
ANS. (Volviendo.) No; todavía no.
RAM. Vamos, acabe usted, que algo muy horrible veo así como entre nieblas.
ANS. ¡Pues le reprendí! ¡le insulté! ¡le llamé lo que a tí muchas veces: matón despreciable! ¡muñeco ridículo! ¡desperdicio del Rastro! ¡espantajo de tabernas!
RAM. ¡Ya, ya... ya le dijo usted cosas! No, todo eso no me lo ha llamado usted a mí nunca. (Con cierta excitación.)
ANS. ¡Pues aún dije más... más todavía!
RAM. ¿Y él?...
ANS. El... al fin era un hombre... ya lo había olvidado: creí que era... como era en otro tiempo... ¡un chiquitín!
RAM. ¿Pero qué hizo?
ANS. ¡Ah... contestarme con insolencia! ¡afrentarme con vuestros términos groseros y repugnantes! ¡qué se yo!... si me llamó... ¿Cómo me llamó?... no me acuerdo... Se me subió la sangre a la cabeza... no vi claro... le vi chiquito, muy chiquito ante mí... y le golpeé en el rostro.
RAM. ¡Ah, don Anselmo, eso no se hace con un hombre! A eso se contesta, sea usted quien fuere.. (Don Anselmo le observa con atención y alegría al ver que le cree.)
ANS. Como él me contestó... blandiendo sobre mí el puñal, que todavía conservaba en la mano. Quizá no tenía intención de herirme... pero se vino sobre mí.
RAM. Lo comprendo... lo comprendo.

ANS. Y yo le cogí por la muñeca... de este modo. (Cogiendo a Ramiro.) Y luchamos... yo, por quitarle el hierro... él porque no se lo quitase... y caímos... y al caer la retorcí el brazo... y el puñal quedó de punta... y él cayó encima... y recogí el puñal... y estaba rojo... mucha sangre... mucha... ¡Mira cómo me salpicó!

RAM. ¿Y Juan? (Con horror.)

ANS. ¡A mis pies!... Sin vida... una masa sangrienta, lo que fué un hombre.

RAM. ¡Qué horrible, don Anselmo, qué horrible! (Separándose de él y cubriéndose el rostro.) ¡De modo que usted... usted... don Anselmo... es un asesino.... como pudiera serlo yo!

ANS. (Aparte a don Leandro.) ¡Lo ha creído, ya lo ves, lo ha creído!

RAM. Y ahora, ¿qué va a suceder?

ANS. Lo que sucede en estos casos. Lo que hubiera sucedido contigo, si hubieses dado muerte a Juan. La vida de un hombre es sagrada: no se mata impunemente, Ramiro. Ahora... el juez... la cárcel... el juicio... la sentencia... el abismo. En las manos, sangre; en la conciencia, un crimen; en la frente, un borrón.

RAM. Pero usted ... ¡con usted no harán eso!

ANS. ¿Quién soy yo? ¿Qué privilegio tengo? Ya verás cómo vienen a buscarme dentro de poco.

RAM. ¡No, don Anselmo!... ¡A usted, no!... ¡Con usted no se atreverán!

ANS. ¡Pobre Ramiro!... (Aparte a don Leandro.) (¡Pobre Ramiro!)

RAM. En todo caso yo diré la verdad. Que reñí con Juan.

ANS. ¿Para qué dirás eso? (Con angustia.)

RAM. Toma, para decir la verdad.

ANS. ¿Pero tú crees que con eso me salvas?

RAM. ¡Qué sé yo! Me parece que no he de salvarle; pero no lo sé.

ANS. ¿Pero tú dudas de lo que te he dicho? (Con sonrisa irónica, despreciativa.) ¿Crees que por salvarte forjé esa historia? ¡Oh!... ¡Yo por ti! (Esforzándose por fingir.)

RAM. Eso no. ¡Qué disparate! ¿Usted por mí? ¿Pues qué soy yo para usted?

ANS. ¿Para mí? Nada, o poco más. Fuí hace muchos años amigo de tu familia; tu madre,

moribunda, te recomendó a mí; te tuve a mi lado como había tenido a otros muchos... por lástima... (Con afectado desdén.) nada más que por lástima.

RAM. Es cierto.

ANS. Te traté peor que a todos, porque tu carácter bravío me irritaba. (Como antes.)

RAM. Es cierto.

ANS. Me vi obligado a despedirte.

RAM. Es cierto.

ANS. Entonces, ¿a qué viene el hablar de tu riña con Juan? ¿Crees hacerme un favor? No lo necesito.

RAM. Ya verán los jueces lo que deben hacer.

ANS. Oye. Te prohibo. . ¿lo entiendes bien?... te prohibo que cuentes esa riña a nadie... ¡A nadie! ¡Lo mando! (Con tono enérgico.)

RAM. ¿Por qué? ¿A usted qué le importa? ¿No dice usted que la verdad es lo primero? ¿Que lo primero es el deber? Pues a cumplirlo.

ANS. ¿Te has propuesto volverme loco? Escucha: yo quiero a Sofía como si fuese mi propia hija: yo quiero que sea feliz. (Con ansiedad.)

RAM. ¡Muy bien dicho! ¿Pero qué tiene que ver Sofía conque yo declare?

ANS. Es que yo sé que Sofía te ama y que no puede ser feliz más que contigo.

RAM. ¡Ah! ¿Usted cree eso? (Con alegría.)

ANS. Y tú también lo crees. Pues bien, si se sabe que reñiste con Juan, si te ves envuelto en mi proceso... porque los jueces son muy suspicaces y muy curiosos... entonces ¡renuncia para siempre a Sofía!

RAM. ¡Eso no! ¡Vive el cielo .. renunciar a ella!

ANS. Ahí tienes por qué te mando que calles. Si hablas, no me salvas; y te pierdes y la pierdes para siempre. Y a mí nada me importa... ¿comprendes?... me importa poco... es decir... no me importa mucho.. lo que sea de ti... Ya te lo he dicho... para mí... eres... un extraño... un sér insignificante... ya ves que hablo con franqueza...

RAM. Ya lo veo.

ANS. ¡Pero ella! ¡Mi Sofía me importa mucho, más que todo en este mundo y no quiero verla desgraciada! ¿Penetras ahora en el fondo de mi pensamiento?

RAM. ¡Sí, señor!

ANS. ¿Y me obedecerás?

RAM. Lo que usted dice es muy razonable. Sin embargo...

ANS. ¡Por ella!... ¡Te lo suplico! ¡Suplicarte yo a ti!... ¡Mira tú que suplicarte yo!... ¡Por ella, Ramiro!

RAM. ¡Por ella todo! No sólo esto... que en el fondo... no es nada malo... digo me parece...

ANS. No lo es: yo soy hombre de conciencia, y te juro que no lo es.

RAM. Entonces... (Dudando.)

ANS. Entonces... ¿qué? (Con ansiedad.)

RAM ¡Algo me dice que no tiene usted razón! (Con nuevo arranque)

ANS. ¡Qué entiendes tú de honra ni de deber! (Con desesperación mal contenida.) ¡Ah! ¿Quieres que dude de ti Sofía? ¿Quieres que te odie?

RAM. ¡Mil rayos! ¡Eso no! ¡Perder su cariño, nunca!

ANS. ¡Pues obedece!

RAM. ¡Sea! Callaré.

ANS. ¡Gracias al cielo!

RAM. Pero cuánto trabajo por hacer una cosa... que no es mala... yo, que hice tantas que no eran muy buenas.

ESCENA V

DON ANSELMO, DON LEANDRO, RAMIRO y CRIADO por el fondo

CRIADO (Con gran azoramiento.) Señor... señor... vienen a buscarle a usted... unos señores... que son cosa de justicia... la casa está cercada.

ANS. Lo sé. Llévalos al salón. Voy al momento. (Sale el Criado.) Ramiro... ya no nos veremos más. Leandro, cuida tú de él. (A Ramiro.) Nuestras vidas se unieron un punto: hoy se separan de nuevo. A pesar de todo lo que te he dicho... siento por ti... algo de simpatía... no diré cariño..., ya ves tú... no hay por qué... ¡pero mucha simpatía... mucha!...

RAM. ¡Don Anselmo!...

ANS. Tienes buen fondo. No, Ramiro, no eres malo. Puedes llegar a ser mucho. ¿Lo serás?

RAM. (Con energía.) Lo seré.

ANS. ¡Ya sabes... por ella, Ramiro! ¿Quieres darme tu mano?

RAM. ¿Quiere usted darme los brazos?

ANS. ¡Ramiro!... (Se abrazan.) Adiós. Lucha por Sofía... merécela... hazla feliz... Adiós para siempre. (Se dirige a la puerta.)

RAM. ¡Vamos, que no es posible que se lo lleven a usted esos hombres! Son unos mandrias, los conozco. ¡Deme usted un hierro, y en un dos por tres limpio la casa! (Con arranque grosero, pero noble.)

ANS. Ramiro, ¿es ese tu arrepentimiento? ¿Son esas tus promesas?

RAM. ¡Si son unos pelgares, si mil veces les zurré a esos de la justicia! ¡Un arma, un arma! (Como antes.)

ANS. ¡Silencio, quieto!... ¡Leandro, adiós! (Se abrazan.)

LEAN. ¡Anselmo, mi amigo, mi hermano!

RAM. ¡Y me he de estar así!... ¡Iré con usted!

ANS. ¡No; te lo prohibo!.. Llevo mejor compañía que la tuya... mi conciencia.

LEAN. ¡Pobre Anselmo!

RAM. ¡Pobre don Anselmo!

ANS. (Aparte.) ¡Hazle feliz, Dios mío! ¡Te doy por él todo lo que me diste... la vida, la honra!... (Alto.) No me sigais... Ahí... quietos... Quiero ir solo... me espera el sacrificio... Por última vez, adiós, Ramiro. (Sale. Ramiro quiere seguirle. Don Leandro le contiene.)

FIN DEL ENTREACTO



ACTO TERCERO

La escena representa un salón lujosísimo en casa de don Leandro y de Ramiro. Puerta en el fondo que da a las antesalas. A la derecha dos puertas; la de primer término da al despacho de don Leandro; la de segundo término a sus habitaciones. A la izquierda, en primer término, un balcón. Butacas, sofás, sillas, una mesa o secreter de lujo. Es la caída de la tarde. Han transcurrido ocho años desde el acto anterior.

ESCENA PRIMERA

SOFIA; después JULIA. Sofia sentada y pensativa. Julia entra por el fondo

JULIA — Adiós, Sofía.
SOFÍA — Adiós, Julia.
JULIA — ¡Jesús, qué tiempo! ¡Está helando!
Tu padre tiene razón:
la tierra se ha desquiciado:
este tiempo no es el tiempo
de mis juveniles años.
(Se acerca a un espejo para quitarse el sombrero.)
SOFÍA — ¿Cambia lo que nos rodea,
o es que nosotros cambiamos?
JULIA — ¡El planeta, que ya es viejo,
caduco y acartonado!
Nosotras aun somos niñas,
y guapas, según reparo
en el cristal de este espejo
y en tu rostro sonrosado.
Tú, veintiséis... poco más,
y yo... veintinueve escasos.

SOFÍA Tú siempre de buen humor.
JULIA Con afligirme, ¿qué gano?
Pues hija, subí a tu casa
(Sentándose a su lado.)
a buscarte, y el criado
me dijo que con tu padre
hacía ya largo rato
que habías salido.
SOFÍA Sí.
Ramiro mandó a buscarnos
con gran premura.
JULIA Lo sé.
¿Conque el pobre don Leandro
se halla tan grave?
SOFÍA Muy grave.
Le dió un síncope y pensaron
que en él se quedaba. Anoche
Ramiro estuvo velando
al infeliz, y dos veces
creyó que de entre las manos
se le escapaba la vida
de aquel cuerpo aniquilado.
Está muy triste, muy triste,
el pobre Ramiro.
JULIA Claro,
para él ha sido en la vida
casi un padre el buen anciano.
Después de aquella tragedia...
ya sabes, la de tu hermano...
que son por mi cuenta... seis...
no... mucho más... ¿cuántos años?
SOFÍA Ocho. (Tristemente.)
JULIA Cabal. ¡Qué cabeza!
Ocho, y nueve este verano.
Pues bien, de entonces acá,
¡qué paternales cuidados
ha tenido con el mozo!
¡Oro, consejos, amparo,
cariño, solicitud;
y ésta, su casa, en que estamos,
que ha sido para tu novio
como el puerto para el náufrago!
Y como Ramiro tiene
un corazón tan honrado,
en gratitud y en ternura
paga su deuda.
JULIA Gallardo

es tu futuro; y ahora
que está ya domesticado
y que la piel de salvaje
se suavizó con los años,
te digo que es un partido
sin igual para un reclamo.

SOFÍA
Mucho hizo su protector
por Ramiro; pero al cabo
él no hizo menos por sí.
Y malamente le aplaudo,
que en sí no pensó jamás
al subir por su calvario.
Fué por mí: por nuestro amor:
(Acercándose a Julia y hablando con pasión y orgullo.)
por este cariño santo,
que creciendo cada día
vivirá lo que vivamos.
¡Qué lucha desesperada!
¡Qué constancia en el trabajo!
¡Qué fuerza para vencer
su carácter tememario!
¡Qué mirar al porvenir,
qué romper con lo pasado!
¡Qué buscar por entre sombras
sendero, camino y paso!

JULIA
¡Mucho, mucho! Lo confieso,
es una alhaja; un dechado
de perfecciones; querida,
guárdale como oro en paño.
Y si en lo moral progresa,
en lo físico ha ganado
¡un ciento por ciento! Mira,
¡que aquel mirar de costado!
¡y aquella sonrisa triste!
¡y aquellos dos ojos pardos!
Supiste más que nosotros;
¡picaruela, has acertado!
Y él ha sido de constancia
un modelo, lo declaro.

SOFÍA
Cuántas veces me decía
en algún encuentro rápido:
«espera, que llegaré,
espera, que voy trepando;
no te canses de esperar,
que vengo de muy abajo.»
Y yo: «no temas, Ramiro;

no temas, que no me canso:
viva o muerta me hallarás
en mi puesto y aguardando.»

JULIA ¡Un par de amantes, señor,
como no se usan hogaño!

SOFÍA Y llegó Ramiro a mí,
y por fin nos encontramos:
él su palabra cumplió,
yo mi palabra he guardado.
¡Qué dichosa voy a ser!...
¡y él siempre dice otro tanto!
¡Muy dichosos, muy dichosos!
¡pero bien lo hemos ganado!,
¡que en la senda que trajimos
muchas lágrimas quedaron!

JULIA Como, aunque pronto será
la boda, no estaís casados,
vuestro amor sigue vistiendo
vestidura de romántico.

SOFÍA Vino a aplazar nuestra boda
la enfermedad de ese anciano.

JULIA De todos modos son días
los que faltan.

SOFÍA Que son años
para los dos, te lo juro.

JULIA Y tal vez para mi hermano,
que está con tu prometido
de veras encariñado.

SOFÍA Es cierto: le quiere mucho.

JULIA Es que la verdad... mirando
las cosas a sangre fría,
el novio es que ni de encargo.
Un talento financiero
de primer orden... y es claro,
muy rico.

SOFÍA Muy rico, sí;
pero además muy honrado.

JULIA Y ademas gran orador,
severo, correcto, clásico,
con lo cual tiene en política
camino triunfal y franco.
Cortés, sin humillación,
y si llega un lance, bravo
como ninguno: en su día
les dió de frente a tres zánganos
tres estocadas soberbias;
y así, en horas veinticuatro,

fué célebre, caballero,
respetable y respetado.
Y en fin, para ser cabal,
y esto acaba su retrato,
fiero y amable a la vez,
muy soñador y muy práctico;
dulce, siniestro, tristón
como un héroe de Lord Byron.
Te digo yo que en mi tiempo
¡y que yo tuve buen gancho!,
ejemplar de tal valor
no vi nunca en el mercado.

SOFÍA El, sobre todo, es muy bueno.

JULIA Sobre todo, no es ingrato.
Don Anselmo... ya ves tú,
no hizo por él, que sepamos,
gran cosa. Paga mezquina,
malhumor, mucho trabajo;
pues, no obstante, así que pudo,
movió a Roma con Santiago
para abreviar su condena.
¡Lo que él luchó con mi hermano
para alcanzar su perdón!
¡Ruegos, súplicas y llanto!
¡Pero a buena parte fué!

SOFÍA ¡Todo en vano!

JULIA ¡Todo en vano!
Nunca perdona Gaspar,
que es testarudo y pelmazo,
y que se pasa la vida
en rumiar odios y agravios.

SOFÍA ¡El adoraba a su Juan!
¡Fué una desdicha!...

JULIA Está claro,
¡una desdicha muy grande!
Pero, en fin, lo que ha pasado,
ha pasado, ¿y qué recurso?
El mundo es dulce y amargo:
memoria para lo bueno,
olvido para lo malo;
el presente se trampea,
y a vivir mientras vivamos.

SOFÍA Pues no hables más de ese asunto,
porque viene.

ESCENA II

SOFIA, JULIA y DON GASPAR por la derecha, segundo término.

GAS. ¡Bien estamos!
¡Bravamente, bueno, bueno!
Pero, señor, ¿hasta cuándo
he de sufrir yo disgustos,
penas, dolores y estragos?
SOFÍA ¿Qué ocurre, papá?
GAS. ¿Qué ocurre?
Que se nos muere Leandro.
Es decir, que hay, cuando más,
para tres días o cuatro.
(Pequeña pausa.)
Tuve amigos a montón,
unos malos y otros buenos:
los buenos eran los menos,
porque sí, porque lo son.
Los malos son de Caifás
y Judas imitadores,
y como son los peores,
es claro que son los más.
Con diferente intervalo
les cantan el *Miserere*,
pues siempre el bueno se muere
y nunca se muere el malo.
Leandro y Anselmo... son dos
amigos de la niñez.
JULIA ¡Ese recuerdo otra vez!
SOFÍA ¡Padre! (Suplicando.)
GAS ¡Silencio!
SOFÍA ¡Por Dios!
GAS. (Señalando al interior.)
Sin carácter; frente angosta
el uno .. ¡pero un bendito!
Y ahora que lo necesito
se nos marcha por la posta.
El otro, que es un alud,
una tromba y un ariete,
tan fresco con su grillete
y con tan buena salud.
Y ni aun eso, que la pena
fué pamplina y burla fué,
y a estas fechas yo bien sé
que se acaba su condena.

JULIA Ocho años sin libertad
no es burla muy divertida.
GAS. ¡Y mi pobre Juan, sin vida
por toda una eternidad!
¡Mi Juan... mi orgullo... mi gozo!
¡Qué talento y qué figura!
De niño, una miniatura,
y un Apolo cuando mozo.
¡Yo enloquezco! ¡Yo deliro
cuando pienso en su agonía..
y al cavilar que hoy sería
lo mismo y más que Ramiro!
¡Mucho talento los dos!
Pero Juan, ¡con grán ventaja!
¡Este, trabaja y trabaja!...
¡Juan, a la gracia de Dios!
Por lo demás, parecidos
en el carácter y en todo:
empiezan del mismo modo,
por ser los dos dos perdidos.
Los dos la misma pasión
y la misma inteligencia,
y los dos sin experiencia
y con mucho corazón.
De esta manera me explico,
por este consorcio santo,
el que yo le quiera tanto
a ese demonio de chico.
SOFÍA ¿Es verdad? (Con tono alegre.)
GAS. ¡Por Dios, Sofía!
¿Hay acaso quien lo dude?
Pues desde un principio, ¿pude
mostrarle más simpatía?
SOFÍA Es cierto.
JULIA Pues no sé cuándo,
porque yo no lo recuerdo.
GAS. Al principio no era cuerdo
que yo me mostrase blando.
Yo estaba muy satisfecho;
pero enojos he fingido,
hasta verlo convertido
en un hombre de provecho.
Sólo el que Anselmo mostrase
poco apego a su escribiente,
era razón suficiente
para que a mí me agradase.
Conque vamos poco a poco

en esto de la memoria,
cuando recuerdo una historia,
pocas veces me equivoco.
Puedo en las almas leer;
tengo un corazón sin par,
y sé cuándo debo odiar
y cuándo debo querer.

ESCENA III

DON GASPAR, SOFÍA, JULIA y CRIADO

CRIADO — Un pobre, señor, insiste
en que ha de ver al señor.
JULIA — Diga usted que está peor.
CRIADO — Ya lo dije y se resiste.
Que es asunto de conciencia,
que ya don Leandro lo sabe.
GAS. — No hay otro asunto más grave
que el de perder la existencia.
JULIA — Que se marche.
CRIADO — Pues no quiere:
que hablará con don Ramiro.
GAS. — ¡Impertinencia que admiro!
SOFÍA — Que está ocupado: que espere.
(Sale el Criado.)

ESCENA IV

SOFIA, JULIA y DON GASPAR

GAS. — Alguno de la pandilla
a que Ramiro socorre:
siempre que las calles corre
de la muy heroica villa,
lleva dos o tres detrás,
sablistas de profesión,
atisbando la ocasión,
que no perdonan jamás.
Quiso Anselmo socorrer
a jóvenes sin fortuna;
caridad inoportuna
por su modo de escoger.
Y Ramiro favorece
a los viejos, sobre todo;

pero lo hace de tal modo
que el diablo se lo agradece.
Gentes h mbrientas y listas
cruzando las escaleras:
con el viejo, calaveras;
con el joven, petardistas.
El viejo, que espera al joven;
el joven, que espera al viejo:
algo así como un espejo
para que los dos se emboben.
Pues señor, será manía,
mas si llego a la vejez,
he de escribir a mi vez
libros de filosofía.
Poca cosa: unos esbozos
con tres o cuatro figuras
en que pinto las locuras
de los viejos y los mozos.

JULIA La sociedad nos enseña
miserias a cada paso.

GAS. ¿Pues mi corazón acaso
es de piedra berroqueña?
Prudente... eso sí; prudente,
a la par que cauteloso.
¿Pero quién a bondadoso
me ganó ni a complaciente?
¿Soy malvado por oficio?
¿Soy un alma empedernida?
¿No ha sido toda mi vida
un perpetuo sacrificio?

SOFÍA (Acariciándole.)
¡Es verdad, padre del alma!

GAS. Es que hay gentes maliciosas,
y en oyendo ciertas cosas...
vamos... que pierdo la calma.
Pues ahora mismo el encargo
de un amigo moribundo
a pesar de mi profundo
dolor y del llanto amargo,
(Con voz llorosa.)
que los cóncavos me seca,
cuando en sus huecos ahonda
y a pesar de que me ronda
una terrible jaqueca,
¿no voy puntual a cumplir
arreglando sus papeles?
(Sofía le consuela y acaricia.)

(A Sofía.)
¡No sospeches, no receles
lo que yo voy a sufrir!

SOFÍA Ten valor: espera un poco.

GAS. Tu súplica, niña, es vana.
A valor nadie me gana.

JULIA Ni a resistencia tampoco.

GAS. Pues cuando venga el postrero
instante del pobre amigo;
cuando a mi pesar testigo
llegue a ser del trance fiero,
¿no estaría más a gusto,
sin perjuicio del paciente,
sufriendo tranquilamente
en mi casa este disgusto?
Pues no señor; satisfecho
(Con emoción entre cómica y verdadera.)
no estaría de mi acción,
¡porque tengo un corazón
que no me cabe en el pecho!
(Se marcha por la derecha primer término, secándose los ojos.)

SOFÍA ¡Tiene razón! ¡Te bendice,
padre del alma, mi amor!
(Le manda un beso.)
(A Julia.)
¡Es un ángel del Señor!

JULIA (Aparte.)
Y, sobre todo, él lo dice.

ESCENA V

SOFÍA y JULIA

SOFÍA ¡Pobre don Leandro!

JULIA De modo,
¿que no hay esperanza ya?

SOFÍA ¡En el cielo... que a él irá!
En la tierra acabó todo.

JULIA Voy a verle. ¿Tú no vienes?

SOFÍA Antes estuve, y salí
muy mala. Casi perdí
el sentido.

JULIA No te apenes,
por Dios, con tanta violencia.

El va delante, querida;
pero todos en la vida
llevamos nuestra sentencia.
(Le da un beso y sale por la derecha, segundo término.)

ESCENA VI

SOFÍA; después RAMIRO por donde salió JULIA

SOFÍA Ya la tarde va cayendo;
(Acercándose al balcón.)
ya la noche va llegando;
la luz del cielo bajando
y las tinieblas subiendo.
Para mí la vida empieza;
para aquél, la noche fría:
todo rayo de alegría
tiene un fondo de tristeza.
Así son las dichas todas
de los míseros mortales:
¡tan tristes sus funerales!
¡Tan alegres nuestras bodas!
(Ramiro entra preocupado y triste con una pequeña llave en la mano.)
RAM. Dijo que en el secreter.
(Sin reparar en Sofía.)
SOFÍA Ramiro...
RAM. ¿Qué, vida mía?...
(Reparando en ella.)
¿Estabas aquí?... Venía
pensando qué podrá ser
un encargo que me dió
hace poco el pobre enfermo.
(Pausa. Se seca los ojos. Sofía le consuela.)
«Oye, Ramiro: si duermo...
y no despierto... llegó
el instante... no te apures.»
Y le ahogaban los sollozos.
«¡Conque a la vida los mozos,
y adelante! Y que procures
cumplir siempre como honrado:
porque es seguro, seguro,
que al empezar lo futuro
se liquida lo pasado.»

Alzó los párpados flojos,
contrajo la frente helada,
y la mano descarnada
pasó por los turbios ojos.
Y agregó: «que en este instante
en que al parecer se olvida,
no hay un rincón de la vida
que no se ponga delante.»

SOFÍA ¡Pobrecillo! ¡Si un crisol
de honradez fué en la jornada!
El no verá rinconada
que no esté llena de sol.

RAM. Pues verás. «En mi existencia,
me dijo, muerde una duda:
y ante la verdad desnuda,
voy a lavar mi conciencia.
¡Tengo un *papel* para ti!
¡Si tú vieras lo que lucho!»
Y me acariciaba mucho...
y habló, pero no entendí.
Me hizo esta llave coger;
gritó: «¡Qué torpes los jueces!»
Y repitió muchas veces
la palabra *secreter*.
¡Despues me ciñó los brazos,
con ansia besó mi frente,
desfallecido y doliente
aflojó los dulces lazos;
y dejé ¡tristes despojos!
en sus manos y en su cuello
y en su nevado cabello
todo el llanto de mis ojos.

SOFÍA Vamos, Ramiro, valor.

RAM. Sabes lo que hizo por mí.
Por él he llegado a ti;
por él conquisté tu amor.

SOFÍA En cambio, bien le has pagado;
bien, Ramiro, le quisiste.

RAM. ¿Pero qué misterio existe
en eso que me ha contado?
¿Cuáles las dudas, Sofía,
que le atormentan sutiles?

SOFÍA Escrúpulos infantiles,
delirios de la agonía.

RAM. Eso debe ser, porque él
es muy bueno.

SOFÍA Casi un niño.

RAM. Todo lealtad y cariño.
Sin embargo... ese papel..
SOFÍA ¿Te preocupa?
RAM. Lo confieso:
¡y es una puerilidad!
SOFÍA No me explico tu ansiedad.
RAM. Si no es ansiedad... no es eso.
SOFÍA ¿Por qué entonces te entristeces
si no hay causa ni ocasión?
RAM. Pues dime: ¿por qué razón
habló tanto *de los jueces?*
SOFÍA ¡Son recuerdos que le oprimen
de un pasado que lamenta!
¡Y vino a dar, por la cuenta,
en don Anselmo y su crimen!
Dijo, y acaso es verdad,
que en riña no le mató,
que al desarmarle le hirió
por pura casualidad;
y en su pobre fantasía,
que se precipita y hunde,
todo lo mezcla y confunde
la niebla de la agonía.
RAM. Puede ser.
SOFÍA (Con cariñosa insistencia.)
Pues sí señor.
Conque así, no te preocupes.
Sólo quiero que te ocupes
de su muerte... y de mi amor.
¿Algo puede ya en el mundo
(Acercándose a él con mimo.)
estorbar nuestra ventura?
RAM. ¡Separarnos! ¡Qué locura!
(Cogiéndola con arranque de pasión.)
¡Ni el mar con ser tan profundo;
ni con ser tan ancho el suelo!
¡Ni el hombre con sus maldades,
ni todas las voluntades
y las potencias del cielo!
Al sospechar, no al temer,
que algo entre los dos se cruza,
todo el infierno me azuza
iras de mi antiguo ser.
¡Tantos esfuerzos soberbios;
tanto abrevarme de penas;
tanto abrasarme las venas
y retorcerme los nervios!

Ocho años pensando en ti:
ayer un paso, otro más:
¿subirás?... Sí, subirás.
¡Otro esfuerzo! ¡Otro!... ¡Subí!
Y al terminar mi calvario
y encontrarte enamorada,
¡tu velo de desposada
convertirse en un sudario!
Tu amor me atrajo, y en él
para trepar me sostuve.
¿Me llamas? Ramiro sube.
¿Me faltas? ¡A mi nivel!
Y aunque ya no soy el mismo,
aun no he podido olvidar,
Sofía, que al empezar
mi nivel era el abismo.

SOFÍA No digas eso; tu acento
nuestra dicha no acibare:
si hay algo que nos separe
será ese mal pensamiento.
(Rechazándole enérgica.)

RAM. ¡Ni pensamiento, ni ser,
ni ese, ni otro, ni ninguno!
Y ¡ay! si se interpone alguno
por maldad o por deber.
Si el mundo se conjurara,
si su rumbo se torciera,
¡más! si mi padre volviera
a la vida y se cruzara
colérico entre los dos...
yo el fruto de su ternura,
yo su sangre, yo su hechura...

SOFÍA ¡Calla!... ¡no acabes por Dios!
(Tapándole entre cariñosa y espantada la boca.)

ESCENA VII

SOFÍA, RAMIRO y CRIADO

CRIADO Ese señor quiere entrar.

RAM. ¿Quién?

SOFÍA Un pobre que ha venido.

CRIADO Dice que está decidido.
Nada... que tiene que hablar
con don Leandro o con usté.

RAM. No es posible.
CRIADO Ya lo sabe:
ya le dije que está grave
el enfermo.
RAM. Bueno, ¿y qué?
(Impaciente.)
CRIADO Que no ceja en su faena.
Jura ¡que a pesar de todo!
Y se angustia de tal modo
que, la verdad... causa pena.
No es muy viejo, pero está
por lo visto *trabajado*.
Ya tiene el pelo nevado:
¡y qué suspiros que da!
SOFÍA Recíbele: su dolor (A Ramiro.)
necesitará consuelo.
RAM. Ya tiene un ángel del cielo. (A Sofía.)
Pues que pase. (Al Criado.)
CRIADO Sí, señor.

ESCENA VIII

SOFÍA y RAMIRO

SOFÍA ¿Recobró su juicio el loco?
¿Dirás esas cosas feas?
RAM. No las diré.
SOFÍA Pues no creas
las que yo dije tampoco.
(Sale Sofía por la derecha segundo término.)

ESCENA IX

RAMIRO y DON ANSELMO después por el fondo, en la forma que su inspiración dicte al actor. Empieza a oscurecer

RAM. ¿Fué delirio?... ¿Es un arcano?
¿Y si es misterio... es tan grave?
En dando vuelta a la llave
puedo tenerlo en mi mano.
(Se acerca al secreter, lo abre y empieza a buscar papeles.)
¿Por unos cuantos renglones
tan sombríos pensamientos?

¡Qué necios presentimientos
y qué locas aprensiones!
(Don Anselmo ha entrado ya, pero se detiene tímido y conmovido.)

ANS. ¡Señor!... ¡Ramiro! (En voz baja y temblorosa.)

RAM. ¿Quién es? (Alto.)
Será el pobre que esperaba (Aparte.)
allá fuera. Que deseaba (Alto.)
con vivísimo interés
hablarme usted, me dijeron,
sin perder un sólo instante.

ANS. Sobre un asunto importante,
sí, señor... y no mintieron.

RAM. Pase usted... (Aparte.) Está cortado.
¡Y puedo servirle yo!
(Alto. Continúa buscando papeles.)

ANS. ¡Ahí le tienes!... ¡Ya llegó
(Aparte a sí mismo.)
aquel día tan deseado!...
¡Hace tanto que no lloro,
que hasta que el alma rebose!...

RAM. Tome usté asiento y repose,
Le hice esperar... lo deploro.

ANS. ¡Qué noble cortesanía!
(Aparte, avanzando unos pasos; pero no se sienta aún, sino que contempla a Ramiro. Poca luz en la sala.)
¡Y qué acento reposado!
¡Transformado!... ¡Transformado
por completo!... ¡Lo sabía!
(Con supremo triunfo.)

RAM. Su pobre juicio padece (Aparte.)
debilidad o extravío.

ANS. ¡Mi recompensa, Dios mío! (Aparte.)
(¡Me la diste!...) (Vacila y está a punto de caer.)

RAM. ¡Desfallece!
(Corre a sostenerle: don Anselmo se afianza a él, pero con la cabeza caída y el cuerpo encorvado, de modo que Ramiro no le ve el rostro. Pequeña pausa, que se entrega a los actores.)

ANS. ¡No eran mis cabellos canos,
ni estaban muertos mis ojos,
ni eran mis párpados rojos,
ni eran callosas mis manos,
ni era mi acento tan triste,
ni llevaba seis o siete
cicatrices del grillete
cuando tú me conociste!

RAM. ¡Don Anselmo!...
(Contemplándole un instante.)
¡Desdichado!
¡Cuánto, cuánto habrá sufrido!
(Le coge las dos manos con efusión, pero sin darle los brazos.)

ANS. ¡El infierno en que he vivido
es mejor para olvidado!
(Pausa.)
¡Y los brazos no me ofrece! (Aparte.)
¡Sólo mis manos oprime!

RAM. Toda culpa se redime.

ANS. No siempre, según parece.
(Separa sus manos violentamente de Ramiro y se deja caer en el sillón.)

RAM. Tres veces a verle fuí,
ninguna me recibió.

ANS. Era que, sin duda, yo
no quería verte allí.
Sin embargo... a tu merced
estoy muy agradecido.

RAM. Valor... y todo al olvido.
(Acercándose á él cariñoso y cortés.)
En un hombre como usted...
de su noble entendimiento
y su honrada fortaleza,
si es posible la tristeza,
no lo es el abatimiento.
Ni fué tan grande su culpa.

ANS. Tan grande como el martirio.

RAM. Un momento de delirio
encuentra siempre disculpa.
Y en cuanto a mí... ¿qué decirle?
De mi casa y de mi hacienda
disponga usted como entienda
que más pueda convenirle. (Pausa.)

ANS. ¡Hay algo más doloroso
que el más doloroso anhelo!
¡Algo más frío que el hielo!...
¡Tu acento ceremonioso!
(Ramiro quiere disculparse. Don Anselmo le contiene y se levanta.)
¿Qué sabes tú, que me humillas
por la afrenta... ¡que acepté!
ni quién debe estar en pie,
ni quién estar de rodillas?
(Después del esfuerzo viene el abatimiento.)

RAM. ¡Don Anselmo!... (Con asombro.)
ANS. ¡Qué locura!
RAM. ¡Por favor!...
ANS. ¿Me habrá entendido?
(Aparte, con espanto.)
RAM. ¡Ofenderle no he querido!...
(Con tono dulce, casi suplicante.)
ANS. ¡Si esta pobre criatura (Aparte.)
ni es injusta, ni es cruel!
¡Si mi mentira creyó:
si no sabe quién soy yo:
si no sabe quién es él!
RAM. ¡Es usted harto severo!
(Conmovido.)
Un sacrificio cualquiera
pida usted; que si hay manera
de mostrar cuánto le quiero,
verá usted que su cariño
recuerdo y su protección.
ANS. Es verdad, tienes razón:
si es que casi soy un niño.
Y ya comprendo las cosas;
¡pero estoy tan humillado!
¡Vengo tan necesitado
de palabras cariñosas!
RAM. ¡Si yo las siento también
en mis labios!... ¿Quiere un beso..
como a un padre?
ANS. ¡Sí... pues eso!
(Ramiro le abraza y besa en la frente.)
¡Ahora sí que vamos bien!
RAM. ¿Pues cómo a olvidarme voy
de quien me tendió su mano?
A usté y al mísero anciano
(Señalando hacia dentro.)
debo todo lo que soy.
ANS. ¿A los dos? (Con enojo y celos.)
RAM. Dicho sin dolo
ni cumplimiento fingido.
ANS. El mi mandato ha cumplido,
de manera que a mí solo.
RAM. (Con sorpresa.)
¿Que su mandato cumplió?
ANS. Es decir... yo le rogué...
Es que hablo... sin saber qué..
Dijiste bien... él... y yo.
(Ramiro le contempla algunos instantes.)

RAM. ¡Pero si yo no he dudado!
(Con cierto asombro.)
¿Por qué esfuerza de ese modo?
ANS. ¡Si es que lo confundo todo!
¡Si es que vengo trastornado!
RAM. Bien está. (Pensativo.)
ANS. Pues ya no voy
más adelante. Maté:
me prendieron: confesé:
y vine a ser... lo que soy.
RAM. Lo que fué: lo que en la frente
lleva escrito: un hombre honrado.
ANS. No hablemos de lo pasado:
hablemos de lo presente.
¿El pobre Leandro?
RAM. No hay ya
esperanza.
ANS. ¿Su razón
conserva? ¿Su situación
comprende? ¿Conocerá,
si estrecho su cuerpo inerte
con esfuerzo convulsivo,
el que está muriendo vivo
al que está viviendo muerto?
RAM. Pienso que sí.
ANS. (Levantándose.) Vamos, pues.
RAM. Ahora... no. Yo se lo ruego.
(Muy cortado.)
ANS. ¿Por qué razón?
RAM. (Lo mismo.) Será luego.
ANS. ¿Pero y si es tarde después?
(Queriendo marchar.)
RAM. Están dentro don Gaspar
y Julia... y también Sofía.
ANS. Entonces, no. No podría
verlos.
(Pequeña pausa. Don Anselmo se pasea con precipitación.)
¡Pero quiero entrar!
(Con nuevo arranque.)
No será malo que explores...
(Queriendo enviarle adentro.)
RAM. (Procurando convencerle.)
Echaremos un mal lance.
ANS. Necesito a todo trance...
(Cogiéndole por un brazo.—Aparte.)
de la carta de Dolores.

RAM. (Aparte.)
¡Qué arrebato de furor!
¡y qué inquietud tan extraña!
ANS. (Aparte.)
Yo le engañaré con maña...
con la verdad, sí, señor. (Alto.)
Oye y perdona mi tema:
cuando me ví procesado...
hay que hablar de lo pasado,
y aunque la palabra quema
mis labios... voy adelante:
discurrí... que el juez vendría
a mi casa... y que podría
cierto papel importante...
puramente personal...
una memoria sagrada...
una carta reservada...
ir a manos del fiscal.
Pues bien, la carta cogí
y a Leandro se la confié:
y fué después... lo que fué:
y ya sabes... dónde fuí.
RAM. ¿Y qué puedo yo?...
(Ya Ramiro, desde antes, viene receloso; su ansiedad cada vez es mayor.)
ANS. Tú puedes
lo que yo no puedo: entrar,
y en voz baja preguntar;
y si a mi súplica accedes,
puedes la prenda querida
devolverme antes que muera,
¡que por tenerla yo diera
lo que me resta de vida!
RAM. Pues don Gaspar ha ordenado
sus papeles allá dentro.
ANS. (Con desesperado asombro.)
¿Quieres arrojarme al centro
del infierno condenado
sin piedad ni redención?
¡pues repite esa palabra,
que ella sola forja y labra
mi eterna condenación!
RAM. Es que además me ha confiado
un papel interesante.
Ahora mismo en el instante
en que usted llegó, ocupado
estaba en buscarlo.

(Pausa. Don Anselmo se acerca y le mira algunos momentos.)

ANS. ¡Pese
al diablo, se hizo mi gusto!
¡Pero me has dado un buen susto!
El papel que busco es ese.
(Poniéndole la mano en el hombro. Movimiento de asombro de Ramiro.)
¿Le echaste encima la vista?
(Mirándole fijamente.)

RAM. No, señor.

ANS. (Mirándole de nuevo.)
No me equivoco.
¿Ni lo encontraste?

RAM. Tampoco.

ANS. Ya daremos con la pista.
(Señalando al secreter.)
¿Aquí dices?

RAM. Sí, señor.
(Don Anselmo se sienta ante el secreter, y empieza a buscar, inclinándose mucho, porque hay poca luz. Ramiro en pie, a su lado, observándole.)
Pero he de observar...
(Queriendo detenerle con mucho respeto.)

ANS. Después.

RAM. ¿Será este pliego?
(Ramiro también empieza a buscar con ansia.)

ANS. ¿No ves
que yo no le doy valor?
(Arrojándole a su lado con desprecio.)
¡Yo conozco bien la hechura!
(Con risa nerviosa.)

RAM. La noche casi ha cerrado.

ANS. Estoy muy acostumbrado
a ver en toda negrura.

RAM. Traerán luz.

ANS. (Llora.) Hay luz bastante.

RAM. Para usted, no.

ANS. Bien me humillas:
¡unas cuantas lagrimillas,
(Secándose los ojos.)
que se me ponen delante!

RAM ¡A ver este sobre!

ANS. ¡Al fin!
(Quiere apoderarse de él: Ramiro le contiene.)

RAM. Un momento. (Toca el timbre.)

ANS. ¡Por favor!

RAM. Después.
(Conteniéndole dulce y respetuosamente.)
Luces. (Al Criado que se presenta.)
CRIADO Sí, señor.
ANS. ¿Qué intentas? ¡Abuso ruín
de mi confianza, sería
penetrar en mi secreto!
(Pausa. El Criado entra las luces.)
RAM. Abuso que no cometo
ni jamás cometería.
Misterios de los demás,
aun sin deberles merced,
los respeto: los de usted
he de respetarlos más.
ANS. ¿Entonces?
RAM. Don Leandro dijo,
que el papel me interesaba:
usté otro papel buscaba;
pues son diversos de fijo.
No es posible que a los dos
al mismo tiempo interese.
(Mostrando la carta.)
ANS. El mío, Ramiro, es ese.
RAM. Hasta ahora, lo sabe Dios.
ANS. ¡Una carta es lo que busco!
RAM. Mi escrito tal vez lo sea.
ANS. Pues déjame que lo vea.
RAM. Sí, señor; pero me ofusco
o es natural que le arguya.
ANS. ¡Ten piedad de mi agonía!
RAM. La conservo si es la mía:
se la entrego si es la suya.
ANS. ¡Yo primero!
(Queriendo coger la carta.)
RAM. ¿Por qué no
he de verla yo primero?
ANS. ¿Por qué?... Porque yo no quiero.
(Queriendo coger la carta.)
RAM. ¿Y por qué no he de ser yo?
ANS. ¡Si no ha de ser!
RAM. ¡Sí ha de ser!
ANS. ¡Pierdo el juicio!
RAM. ¡Y yo deliro!
ANS. ¡Es que enloquezco, Ramiro!
RAM. ¡Es que empiezo a enloquecer!
ANS. ¡Piedad, Ramiro, piedad!
¡por todo lo que he sufrido!

RAM. Don Anselmo, es que yo pido
algo también, ¡la verdad!
ANS. ¡Por el llanto que vertí!
¡por los hierros que arrastré!
¡por la sangre que sudé!
¡por el honor que perdí!
(Cae a los pies de Ramiro.)

ESCENA X

DON ANSELMO, RAMIRO y DON GASPAR, por la derecha, primer término

GAS. ¡Vive Dios!... ¿qué hombre es aquél?
¿por qué llora?.. ¿por qué gime?
¡Ramiro, su nombre dime!
(Don Anselmo se levanta, y apoyándose en Ramiro le mira con espanto. Don Gaspar avanza y le observa atentamente.)
¡No me lo digas!... ¡Es él!
¿Pero qué es esto, qué pasa?
¿Por qué volvió?... ¡Ya adivino!
Dieron suelta al asesino
y se metió en esta casa.
Ya remató su condena...
y como aquél está inerte,
(Señalando hacía dentro.)
viene olfateando la muerte:
el oficio de la hiena.
(Don Anselmo hace un movimiento. Ramiro se interpone.)
RAM. ¡Don Anselmo!.. ¡Don Gaspar!
ANS. ¡No te alteres!... ¡No te apures!
(Haciendo esfuerzos, pero las fuerzas le van faltando.)
ni tampoco te figures
que le voy a contestar.
En otro tiempo ya hundido
en la vergüenza y el llanto,
ni él me hubiera dicho tanto,
ni yo lo hubiera sufrido.
¡Conque insulta!... al fin y al cabo
te depara la fortuna
ocasión como ninguna
¡para mostrar que eres bravo!
(Ocultando el rostro entre las manos.)

GAS. ¡Enfrenan manos airadas
los años y los dolores!
ANS. Aun en tus años mejores
las has tenido enfrenadas.
GAS. Sin embargo, tengo aliento
para echarte de esta casa.
ANS. Y si no salgo, ¿qué pasa?
(Abrazándose a Ramiro.)
GAS. ¡No lo sé! (Con tono de amenaza.)
ANS. ¡Yo lo presiento!
Llamarás a los criados.
GAS. No: los llamará Ramiro.
Que si él hiciera retiro
esta casa de forzados...
RAM. ¡No más!... ¡prudencia!... ¡no más!
GAS. Yo de esta casa saldría
y conmigo...
RAM. ¡No! (Con desesperación.)
GAS. ¡Sofía!
para no volver jamás.
ANS. ¡Eso no!
(Tan desesperado como Ramiro. Este le mira con asombro.)
GAS. Digo una vez...
¡y basta! .. lo necesario.
ANS. ¡Qué interminable calvario!
RAM. ¡Qué espantosa palidez!
(Mirando a don Anselmo.)
ANS. Lo que te pide Gaspar (A Ramiro.)
es justo: tiene razón:
no hay hombre de corazón
que se lo pueda negar.
¿Hice el daño? ¡pago el daño!
¡debes echarme!
RAM. ¿Qué es esto?
¡que siempre esté usté dispuesto
al sacrificio, es extraño!
¡Que afrentado y dolorido
siempre su pena reclame!
GAS. Es el asesino infame...
ANS. Y él es el padre ofendido.
¡Si su prudencia no entiendo!
¡Si yo hiciera mucho más!
¡Matarme un hijo! (Conteniéndose.)
Jamás
lo tuve; pero comprendo,
que si tal caso llegara,

y yo al matador cogiera,
con mil vidas que tuviera
y otrás mil... ¡no me bastara!
¡Verle muerto... y darle vida!
¡Verle vivo... y darle muerte!
y alternando de esta suerte
hasta colmar la medida.
¿A su enojo puso tasa?
¡Pues le respeto y admiro!
Dame ese papel, Ramiro,
y arrójame de esta casa.

GAS. (Le ha estado oyendo con asombro.)
Ya sabes su parecer:
conque ese hombre o tu Sofía.

RAM. ¡Si ella es mía!... ¡si ella es mía!

GAS. Escoge.

RAM. ¡Voy a escoger!
(Procurando dominarse y tener calma, pero profundamente conmovido.)
Cierto papel importante,
que don Leandro conservaba,
vino a buscar. (Señalando a don Anselmo.)
Y ahora estaba,
justamente en el instante
en que usted se presentó,
viendo si daba con él.
Cuando encuentre ese papel...

ANS. ¡Ramiro!

RAM. Juzgaré yo,
si es que conservo mi juicio
y mi voluntad es mía...
¡Pero que espere Sofía!...
¡es tan corto el sacrificio!
Ahora, retírese usted:
se lo ruego, don Gaspar.

GAS. ¿Pero tú puedes dudar
entre ella y él?

RAM. Por merced
muy especial se lo pido.

GAS. ¡Y Sofía!

RAM. ¡Desdichada!

GAS. ¿Tú no consideras?

RAM. Nada.

ANS. (Aparte.)
¡Dios Santo, habrá comprendido!

GAS. ¿Ni recuerdas?

RAM. No recuerdo,

ni sé, ni quiero tampoco;
¡enloquezco!

GAS. Si estás loco,
por la pena serás cuerdo.
(Sale airado; pero observando a los dos con asombro.)

ESCENA XI

DON ANSELMO y RAMIRO

RAM. ¡Acérquese usted a mí!
¡Aún más cerca!... ¡Más!

ANS. (Ya está postrado por completo.) ¡Ramiro!

RAM. Míreme usted.

ANS. Ya te miro...

RAM. No diga usted nada. Así... (Mirándole.)
y ahora busquemos los dos,
(Sacando el papel.)
algo que há rato presiento:
¡torcedor como el tormento
y sublime como Dios!

ANS. ¡Olvida!... ¡suelta!

RAM. ¡Jamás!

ANS. No puedo luchar.

RAM. ¡Yo lucho!

ANS. ¡Mira que he sufrido mucho!
¡que no puedo sufrir más!

RAM. ¡Ya poco falta!

ANS. ¡Cruel!

RAM. ¡Ser yo quien le martirice!
¡Vamos a ver lo que dice,
don Anselmo, este papel!

ANS. ¡No, por piedad! (Se resiste, pero sin fuerzas.)

RAM. Es en vano.
(Leyendo.)
«A don Anselmo de Ulierte,
para después de mi muerte,
entregada en propia mano.»
¡Es de mi madre: es aquella
que yo le entregué: yo mismo!

ANS. ¡Que Dios decida! Al abismo
vamos, con ella o sin ella.
¿Qué puedo ocultarte ya,
por mucho que me fatigue?...

RAM. «¡Anselmo mío!» (Leyendo.)

ANS. Prosigue.

RAM. ¡No puedo!...
(*Cae abrumado, ocultándose el rostro con las manos.*)

ANS. Pues dame acá.
(*Don Anselmo le lee la carta a Ramiro; la escena queda entregada a los actores.*)
«Esta carta muy cerrada
a Ramiro se la entrego;
él nada sabe; tú, luego,
verás lo que más te agrada.
Estoy manchando el papel
con llanto... siempre llorona...
Perdona, Anselmo, perdona.
¡Por Dios, haz algo por él!
Es corta mi despedida:
tengo sueño y tengo frío:
nuestro Ramiro fué mío
mientras me duró la vida.»

RAM. ¡Padre del alma... perdón!
(*Cae de rodillas llorando y abrazándole.*)

ANS. ¿De qué? (*Acariciándole.*)

RAM. No lo sé: confieso
que no lo sé: llevo un peso
horrible en el corazón.
Y algo aquí que me marea:
(*Oprimiéndose la frente.*)
ola de sangre que sube;
aquella idea que tuve
desde el principio. Esta idea...
«Tu crimen ha sido un plan
conque salvarme quisiste:
¡padre... padre!... ¡Tú no fuiste
el asesino de Juan!»

ANS. ¡Que el universo me aplaste
si no fuí yo!... ¡Te lo juro!

RRM. ¡Si sé que no!... ¡Si es seguro!
¡Por mí te sacrificaste!
¡Por mí bordeando el cadalso!
¡Por mí tu nombre en el lodo!
¡Infamia, deshonra, todo!
¡Por mí hasta juras en falso!
¿Lo confiesas?

ANS. ¡Vano empeño
suponer que yo me ablande!

RAM. ¡Qué grande, padre, qué grande!
¡Y yo qué ruín, qué pequeño!

ANS. ¿Mi desdicha de raíz
quieres cortar?

RAM. ¿De qué suerte?
ANS. Muy fácil: sólo con verte
completamente feliz.
RAM. ¿Puedo serlo todavía?
ANS. Olvida lo que ha pasado:
yo me marcho consolado
y eres dueño de Sofía.
RAM. ¡Y un abismo entre los dos!
¡Y tú llorando sin mí!
¡Y yo renegar de ti!
¡Eso es renegar de Dios!
No, padre, no: de ese modo
ni soy dichoso ni bueno.
¡Eso es convertirme en cieno;
eso es convertirme en lodo!
ANS. Será que estoy trastornado,
será locura, capricho;
pero *con eso* que has dicho,
mira tú, ya estoy pagado.
¡Si ya no hay marca afrentosa
que yo no desprecie y rete!
¡Qué cariñoso el grillete!
Y la infamia, ¡qué gloriosa!

ESCENA XII

DON ANSELMO, RAMIRO, DON GASPAR y SOFIA.

GAS. Llegó el punto de escoger,
que yo no puedo aguardar.
RAM. Dice usted bien, don Gaspar,
no tiene espera el deber.
SOFÍA ¿Pero es cierto lo que dice
mi padre?... ¡No lo creía!
RAM. ¡Ni yo tampoco, Sofía!
ANS. (Aparte a Ramiro.)
¡Calla!... ¡Basta!... ¡Te bendice
tu padre!
SOFÍA Pero, Dios santo,
¿qué es esto?
ANS. ¡No más!... ¡No más!
RAM. ¡Que no se agota jamás
la amarga fuente del llanto!
¡Por merecerte subí
de mi vida en la batalla,

y hoy sólo siendo un canalla
puedo llegar hasta ti!

GAS. La explicación abreviemos...
y si es preciso salgamos. (A su hija.)

RAM. En dos palabras llegamos
al fin y nos entendemos.
Voy a decir la verdad.
¡Este anciano escarnecido...
es mi padre! Lo he sabido
forzando su voluntad.

GAS. ¿Qué estás diciendo?

SOFÍA ¡Ay de mí!

GAS. ¡Ramiro!

SOFÍA ¡Dios soberano!
(Cae en un sofá, cubriéndose el rostro, a la derecha.)

RAM. ¡Y Juan murió de mi mano
y él sufrió infamia por mí!
¡Y ahora, vida de mi vida,
ilusión de mis sentidos,
ya, para siempre vencidos;
ya, la eterna despedida!
(Cae Ramiro desesperado, a la izquierda; a su lado queda en pie don Anselmo.)

GAS. ¡Qué traición! ¡Qué iniquidad!
¡Yo que tanto le quería!
¡Salgamos pronto, Sofía!
(Pausa.)
¡Me inspira Anselmo piedad!
(A Sofía, señalando a don Anselmo. Don Gaspar se acerca a don Anselmo.)
Entre ellos un mar de llanto.
(Señalando a Ramiro y Sofía.)
¡Pero te quiero y te admiro!
(En voz baja, cogiéndole una mano.)
¡Eso hiciste por Ramiro!
(Conmovido, casi llorando.)
¡Por mi Juan, hago otro tanto!

ANS. ¡Ella... será desdichada!
(Señalando a Sofía.)
¿Y ves?... ¡El dolor le abruma!
(Señalando a Ramiro.)
y mi sacrificio, en suma,
¿de qué ha servido? De nada.

GAS. ¡El tiempo abate una roca!...
¡Y todo pasa y se olvida!...
¡Ellos tienen mucha vida,
y nosotros ya muy poca!

(Se separan: don Gaspar obliga a Sofía a que le siga, y van hacia el fondo, don Anselmo se acerca a Ramiro y forman un grupo.)

ANS. ¡Ramiro!

RAM. ¡Padre, soy fuerte!...
¡Pero que yo no la vea!
(Con desesperación, ocultando la cara en el pecho de su padre.)

GAS. ¡Vamos, Sofía!

SOFÍA ¡Pues sea!
¡Juré amarle hasta la muerte! (A su padre.)

RAM. ¿Me aborreces? (A Sofía, desde lejos.)

SOFÍA ¿Yo? ¡Jamás!

GAS. ¡Basta!

SOFÍA ¿Me crees?

RAM. ¡Sí te creo!

SOFÍA ¡Cuanto más lejos te veo,
te quiero más!

RAM. ¡Y yo más!

ANS. El que bien ama no cede.
¿Rueda abajo? Vuelve arriba,
esperad mientras yo viva,
esperad mientras me quede
de llanto una sola gota,
de sollozos un suspiro:
es mi corazón, Ramiro,
MANANTIAL QUE NO SE AGOTA.
¡No extremeis vuestro dolor!
¡No mata lo que más hiere!
¡Hay algo que nunca muere:
la esperanza y el amor!
(Don Gaspar queda casi en la puerta con su hija sollozando. Ramiro se abraza a su padre con desesperación.)

FIN DEL DRAMA

OBRAS DE D. JOSE ECHEGARAY

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.
La esposa del vengador, drama en tres actos original y en verso.
La última noche, drama en tres actos y un epílogo original y en verso.
En el puño de la espada, drama trágico en tres actos original y en verso.
Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto original y en verso.
Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)
El gladiador de Rávena, tragedia en un acto y en verso. (Imitación.)
O locura ó santidad, drama en tres actos original y en prosa.
Iris de paz, comedia en un acto original y en verso.
Para tal culpa tal pena, drama en dos actos original y en verso.
Lo que no puede decirse, drama en tres actos original y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)
En el pilar y en la cruz, drama en tres actos original y en verso.
Correr en pos de un ideal, comedia original en tres actos y en verso.
Algunas veces aquí, drama en tres actos y en prosa.
Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.
En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.
Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo XVI original en un acto y en verso.
Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.
La muerte en los labios, drama en tres actos y en prosa.
El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso precedido de un diálogo en prosa.

Haroldo el Normando, leyenda trágica original en tres actos y en verso.
Los dos curiosos impertinentes, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)
Conflicto entre dos deberes, drama en tres actos y en verso.
Un milagro en Egipto, estudio trágico en tres actos y en verso.
Piensa mal... ¿y acertarás? casi proverbio en tres actos y en verso.
La peste de Otranto, drama original en tres actos y en verso.
Vida alegre y muerte triste, drama original en tres actos y en verso.
El bandido Lisandro, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.
De mala raza, drama en tres actos y en prosa.
Dos fanatismos, drama en tres actos y en prosa.
El conde Lotario, drama en un acto y en verso.
La realidad y el delirio, drama en tres actos y en prosa.
El hijo de carne y el hijo de hierro, drama en tres actos y en prosa.
Lo sublime en lo vulgar, drama en tres actos y en verso.
Manantial que no se agota, drama en tres actos y en verso.
Los rígidos, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo exposición en prosa.
Siempre en ridículo, drama en tres actos y en prosa.
El prólogo de un drama, drama en un acto y en verso.
Irene de Otranto, ópera en tres actos y en verso.
Un crítico incipiente, capricho cómico en tres actos y en prosa.
Comedia sin desenlace, estudio cómico-político en tres actos y en prosa.
El hijo de Don Juan, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere.*
Sic vos non vobis ó la última limosna, comedia rústica original en tres actos y en prosa.
Mariana, drama original en tres actos y un epílogo en prosa.
El poder de la impotencia, drama en tres actos y en prosa.
A la orilla del mar, comedia en tres actos y un epílogo en prosa.
La rencorosa, comedia en tres actos y en prosa.
María-Rosa, drama trágico de costumbres populares en tres actos y en prosa. (Traducción.)

Mancha que limpia, drama trágico en cuatro actos y en prosa.

El primer acto de un drama, cuadro dramático en verso.

El estigma, drama en tres actos y en prosa.

La cantante callejera, apropósito lírico en un cuadro y en prosa.

Amor salvaje, bosquejo dramático en tres actos original y en prosa.

Semíramis ó la hija del aire, (refundición). Drama en tres jornadas y en verso.

Tierra baja, drama en tres actos y en prosa. (Traducción.)

La calumnia por castigo, drama en prosa en tres actos y un prólogo.

La duda, drama original en tres actos y en prosa.

El hombre negro, drama original, en tres actos y en prosa.

Silencio de muerte, drama original en tres actos y en prosa.

El loco Dios, drama original en cuatro actos y en prosa.

Malas herencias, drama original en tres actos y en prosa.

La escalinata de un trono, drama trágico original en cuatro actos y en verso.

La desequilibrada, drama original en cuatro actos y en prosa.

A fuerza de arrastrarse, farsa cómica, original, en un prólogo y tres actos, en prosa.

Entre dolora y cuento, monólogo.

El moderno Endymión, ídem.

El canto de la Sirena, ídem.

El preferido y los cenicientos, drama vulgar ó escenas de familia, en un prólogo y dos actos, por Librado Ezguieura.

Precio: DOS pesetas